



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

LA UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU, UNA UNIVERSIDAD CATÓLICA

REFLEXIONES
SOBRE EL QUEHACER DE LA UNIVERSIDAD HOY

EMMO. Y RVMO. SR. CARDENAL ANTONIO M^a JAVIERRE ORTAS
EMMO. Y RVMO. SR. CARDENAL PAUL POUPARD
EXCMO. Y RVMO. SR. ARZOBISPO FERNANDO SEBASTIÁN AGUILAR



I.S.B.N.: 84-86792-57-6
Depósito Legal: M. 20894-1996

Gráficas Lormo, S. A.
Isabel Méndez, 15 - Madrid

ÍNDICE

	Págs.
PRESENTACIÓN	5
LA RAZÓN DE SER Y EL SENTIDO DE UNA UNIVERSIDAD CATÓLICA	11
LOS DOCENTES Y LA INVESTIGACIÓN EN UNA UNIVERSIDAD CATÓLICA	57
MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ACTUAL	79

PRESENTACIÓN

José T. RAGA GIL
Rector de la Universidad San Pablo-CEU

Sirvan estas líneas para de algún modo enmarcar el Seminario que a lo largo del día 21 de octubre de 1995 se desarrolló en nuestra Universidad San Pablo- CEU, dirigido al profesorado de la misma.

Un seminario cuya pretensión no era otra que la de compartir criterios y preocupaciones de un cuerpo docente universitario que ejerce su función en una institución universitaria que, en cuanto que fijando su origen más remoto en la Asociación Católica de Propagandistas, se define comprometida con el pensamiento cristiano, congruente, por tanto, en sus objetivos con la Doctrina de la Iglesia Católica.

Un profesorado que, desde el rigor científico y el buen hacer en sus funciones docentes e investigadoras, se siente apelado en su responsabilidad en la función formativa de personas en el ámbito de la Verdad e incardinadas en su quehacer en la sociedad a la que deben de servir, sintiéndose parte, a modo de microimagen, de aquella célula esencial para la construcción social que es la familia y, por ende, también de la familia universitaria como comunidad de personas, fines y actitudes.

Desde el respeto mutuo que merecen las distintas opciones personales entre los diversos miembros de la comunidad, consideramos

responsabilidad de la Universidad San Pablo-CEU ofrecer un cauce de información que a su vez diera lugar a la reflexión desde la doctrina emanada de la Sede de Pedro. Más todavía cuando la llamada a esa responsabilidad resulta más evidente desde la promulgación de la Constitución Apostólica «*Ex Corde Ecclesiae*» por S.S. Juan Pablo II el 15 de agosto de 1990.

Frente a la Constitución Apostólica «*Sapientia Christiana*», que se ocupaba de las Universidades y Facultades Eclesiásticas, el nuevo documento viene a regular lo referente a las Universidades Católicas, aquéllas que se dedican al estudio de las disciplinas profanas bajo la inspiración de la doctrina católica. Universidades Católicas en las que prioritariamente se encuentran las erigidas o aprobadas por la Santa Sede, por una Conferencia Episcopal, por otra Asamblea de la Jerarquía Católica o por un Obispo diocesano, aunque también se incluyen aquellas erigidas por laicos cuyo nexo con la Iglesia puede serlo “por el trámite de un formal vínculo constitutivo o estatutario, o en virtud de un compromiso institucional asumido por sus responsables”. Este compromiso queda patente en la promoción y fundación de nuestra Universidad en la que se materializa la vocación apostólica de la Asociación Católica de Propagandistas, ejercitada en el mundo de la enseñanza universitaria. Junto al compromiso evangélico, nuestra comunión con la Iglesia y su consentimiento, resultan también patentes por la presencia de la Jerarquía de la Iglesia en el órgano supremo de la misma, el Patronato, y por el contenido del Art. 3 de los Estatutos donde se refleja el objetivo de la Universidad.

Más todavía, el documento sobre las Universidades Católicas de Juan Pablo II, «*Ex Corde Ecclesiae*», amplía el campo de interpela-

¹ Const. Apostólica “*Ex Corde Ecclesiae*”. Normas Generales, art. 2.2.

ción, dirigiéndose también “a los numerosos laicos comprometidos en la gran misión de la enseñanza superior”².

Por esta última razón, si no fueran suficientes las anteriores, la Universidad San Pablo-CEU y su comunidad docente estimó conveniente dedicar una jornada no lectiva a recibir desde las fuentes la luz que ilumina la noble y enaltecedora tarea de formar personas en la ciencia, en la técnica, en la profesión, en la humanidad, todo ello enraizado en el compromiso personal e institucional con la Verdad Suma.

La incondicional entrega de los tres ponentes, el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Antonio María Javierre, el Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Paul Poupard y el Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo Fernando Sebastián, fue la gracia que nos permitió una jornada de doctrina y vivencias tan intensa, por lo que desde estas líneas dejo patente en el nombre de la Universidad, en el de su comunidad docente y en el mío propio, el reconocimiento más expresivo y el agradecimiento más sincero, augurándoles que fácil es comprobar cómo su siembra ahondó sus raíces en tierra fértil.

José T. Raga
Rector de la Universidad San Pablo-CEU

² Const. Apostólica “*Ex Corde Ecclesiae*”, núm. 9.

LA RAZÓN DE SER Y EL SENTIDO
DE UNA UNIVERSIDAD CATÓLICA

NEWMAN:
UNIVERSITARIO Y CATÓLICO

*Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal
Antonio M^a JAVIERRE
Prefecto de la Congregación del Culto Divino
y de la Disciplina de los Sacramentos*

Introducción

1) Vaya por delante mi saludo agradecido y cordial.

No disimulo el gozo intenso que me procura el sumergirme, siquiera sea fugazmente, en este mundo vuestro que - espiritualmente - continúa siendo también mío. Doy fe, en base a la experiencia, que un universitario auténtico no se jubila jamás.

2) Acepté gustoso la invitación anticipada por Juan Mari y ratificada cordialmente luego por el Sr. Rector a meditar aquí, en voz alta, en torno a "*la razón de ser y sentido de una universidad católica*". No es posible intentarlo hoy de espaldas al aniversario en curso. Celebramos, en este mes, los 150 años de la conversión de Newman. ¿Cómo relegar al olvido su excepcional talla de universitario y la calidad de un catolicismo profesado en plenitud?

3) Propongo, por tanto, individuar los puntos nodales del problema, resumir la solución magistral de Newman y aquilatar en diálogo las sugerencias de su aportación para proseguir con mayor acierto nuestra marcha.

No tuve la oportunidad de saludar ayer al Santo Padre. A la hora de mi partida se hallaba con Profesores y Alumnos de las Universidades romanas reunidos en la Basílica de San Pedro para iniciar con una solemne eucaristía el comienzo de curso.

Su Excelencia Mons. Tagliaferri se mostró muy complacido al tener tiempo atrás noticia de este encuentro. Su sucesor en la Nunciatura, Mons. Lajos Kada, me rogó, en el curso de la visita que me hizo ayer en mi despacho, anticiparos su saludo cordialísimo esperando reiterarlo personalmente en breve. También el Sr. Arzobispo de Madrid, vuestro Pastor, me hizo presente, a su tiempo, su plena satisfacción por el programa y su deseo de participación espiritual en vuestras tareas.

No habiendo registrado oposición alguna a mi programa, creo poderlo iniciar sin más preámbulos.

I PROBLEMAS Y PARECERES

Huelga observar que mi reflexión sobre la Universidad Católica gravita en torno a la reciente Constitución Apostólica que supongo de todos vosotros bien conocida. Está fechada el 15 de agosto 1990, Solemnidad de la Asunción. El documento pontificio "Ex Corde Ecclesiae" representa un regalo espléndido ofrecido por el Papa Juan Pablo II a sus queridos colegas, profesores católicos en el mundo universitario.

Ya en la misma introducción del documento el Papa apunta a la verdad a cuyo servicio la Universidad se consagra incondicionalmente. Respalda su pensamiento con una cita expresa del Card. John

Henry Newman, extraída de su obra *“The Idea of a University”*, donde afirma que *“la verdad es la verdadera aliada de la Iglesia... y que el saber y la razón son fieles servidores de la fe”*¹.

Semejante referencia a la autoridad de Newman rebasa en mucho la mera circunstancia del aniversario actual. Permitidme, por tanto, aludir, siquiera de paso, a las resonancias académicas y ecuménicas que ese nombre suscita en mi espíritu.

UNIVERSIDAD

1.- Es bien sabido que el Concilio Vaticano II apuntó reiteradamente, y de manera expresa en varios de sus documentos, al mundo universitario.

La Declaración sobre la Educación cristiana de la juventud, la *“Gravissimum Educationis”*, lo hizo de propósito al concluir el mensaje educativo: *“La Iglesia tiene también sumo cuidado de las escuelas superiores, sobre todo de las Universidades y Facultades”*².

A renglón seguido precisa de manera muy concreta su solicitud por el mundo universitario: *“El Santo Concilio recomienda con interés que se promuevan Universidades y Facultades católicas convenientemente distribuidas en todas las partes de la tierra”*³.

Con el número siguiente se concluye el discurso: *“La Iglesia espera mucho de la laboriosidad de las Facultades de ciencias sagra-*

¹ JUAN PABLO II. Constitución Apostólica “Ex Corde Ecclesiae”, sobre las Universidades Católicas, Vaticano 1990, n. 4.

² GE 10.

³ GE 10.

das. Ya que a ellas les confía el gravísimo cometido de formar a sus propios alumnos, no sólo para el ministerio sacerdotal, sino sobre todo para enseñar en los centros eclesiásticos de estudios superiores, o para la investigación científica o para desarrollar las más árduas funciones del apostolado intelectual”⁴.

Aparecen así las universidades eclesiásticas situadas en el corazón mismo de los tres círculos concéntricos.

2.- La Congregación para la Educación Católica, bajo la sabia dirección del que fuera mi admirado Prefecto, el Cardenal Garrone, estableció un plan de trabajo que entendía llevar a ejecución las decisiones del Concilio. El proyecto, en el fondo, apuntaba a una trilogía: Convenía renovar cuanto antes la vida de las Universidades Eclesiásticas. Seguía lógicamente el capítulo relativo a las Universidades Católicas. El programa más amplio y ambicioso apuntaba a los Católicos en la Universidad.

3.- El primer proyecto llegó a ser realidad gozosa en el primer año del pontificado de Juan Pablo II. Tres Papas pusieron sus manos en esa obra (Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II).

La Constitución Apostólica “Sapientia Christiana” realiza la renovación dispuesta por el Concilio en el ámbito universitario⁵.

Consentidme una simple alusión al título. Notad que no se habla como en la “Deus Scientiarum Dominus” de Universidades de Estudios Eclesiásticos, sino simplemente de Universidades

⁴ GE 11.

⁵ JUAN PABLO II. Constitución Apostólica “Sapientia Christiana” sobre las Universidades y Facultades Eclesiásticas, Vaticano, 1979.

Eclesiásticas. No basta, en el sentir de Juan Pablo II, que sean científicos y ortodoxos los estudios; es preciso que sea eclesiástica la Universidad al completo.

La Comunidad universitaria es elemento central en su vida. Reposa sobre la personalidad de alumnos, profesores y personal no docente. Cada uno de los protagonistas se abre espontáneamente al progreso de su propia existencia. La comunidad en cuanto tal está sometida al ritmo histórico de crecimiento del conjunto y de cada uno de sus miembros que la componen.

Apenas concluída la reglamentación de las Universidades Eclesiásticas, se impuso la segunda etapa de la trilogía: la Universidad Católica.

Recuerdo que, por aquel entonces, me tocó barajar la petición hecha por el CEU a la Congregación para la Educación Católica. Vuestra institución tuvo conciencia de ser desde el origen una universidad católica en términos genéricos. Creían, ya entonces, llegada la hora de convertirla en realidad jurídica y formal.

Conservo en mi memoria algún que otro detalle tan original como sugestivo para enriquecimiento de nuestra reflexión.

Todo ello fue objeto de un estudio atento y prolongado que había de culminar años después en la Constitución Apostólica "*Ex Corde Ecclesiae*".

LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Ocupa el centro de la proyectada trilogía. En el plan originario estaba llamada a aplicar el mensaje esencial encarnado en la

“*Sapientia Christiana*”, primero a la Universidad Católica y a continuación a los Católicos en la Universidad.

1) La existencia de la Universidad católica figuraba como dato pacífico a la hora del Concilio.

Existen de hecho. Aparecieron en la historia como una reacción perfectamente lógica.

+ Efectivamente: la Universidad, nacida al abrigo de la Iglesia, reservó al cultivo de la teología su “*Facultas princeps*”. La teología católica, en función sapiencial fue el fundamento de la unidad del saber, el principio integrador, la clave de bóveda en la catedral de la ciencia.

+ La decadencia de la universidad clásica, iniciada en el siglo XVI, y consumada en el siglo XVII y XVIII, provoca el hundimiento de la teología a golpes de la ola antirreligiosa y anticlerical: El método experimental desbanca la sabiduría teológica y metafísica. La política napoleónica suprime por decreto las universidades tradicionales para dar paso a las escuelas especiales⁶.

+ La historia registra los esfuerzo encaminados a conjurar la supuesta influencia “nociva” de la Iglesia. Acabaron por hacer prácticamente imposible a los profesores católicos el acceso a las cátedras universitarias; frenar a los estudiantes la frecuencia a las clases y hostilizar su fe cancelando el catolicismo en los programas.

+ La Iglesia no tuvo más remedio que “re-crear” la Universidad. Fue así como en numerosos países surgieron las actuales

⁶ Cf. P. FERRER PI, *La Universidad a examen*, Barcelona, 1973, pp. 19.

“Universidades católicas”, empeñadas en recuperar valores auténticos perdidos en trágicos momentos de crisis.

2) La Universidad Católica cuenta con una estructura bien definida.

La FIUC delineaba así en sus estatutos los perfiles de “la Universidad católica en el mundo moderno”: *“Puesto que el fin de la universidad católica, en cuanto tal, es el de asegurar de una manera institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los grandes problemas de la sociedad contemporánea, sus notas esenciales son las siguientes:*

1. Una inspiración cristiana, no solamente individual, sino comunitaria;

2. un esfuerzo continuado de reflexión a la luz de la fe católica sobre las adquisiciones incesantes del saber humano, a las cuales procura contribuir por su propia investigación;

3. la fidelidad al mensaje de Cristo tal como ha sido transmitido por la Iglesia;

4. un compromiso institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana, en camino hacia el fin trascendente que da un sentido a la vida...

a la luz de estas características, es claro que la universidad católica, por compromiso institucional, aporta a las tareas de la enseñan-

za, de la investigación y de otros servicios que son comunes a todas las universidades, la inspiración y la luz de la Revelación cristiana”⁷.

3) El rechazo de la existencia, de la naturaleza y de la misión reservada a la Universidad Católica reposa en una serie de razones resumidas por Norbert Luyten, profesor de filosofía de la Universidad de Friburgo:

“Para quien sabe interpretar los signos de los tiempos, es evidente que marchamos hacia una civilización cada vez más desacralizada, profana. El cristianismo no puede ya constituir un ghetto, tiene que mezclarse valientemente con el mundo. Pero esto no será posible sino a través de una secularización muy intensa, que suscriba sin reticencias la autonomía propia de los diferentes sectores de la actividad humana. Ahora bien, la Universidad, como institución consagrada a la investigación y a la enseñanza científica, nada tiene de sagrado. Es por naturaleza una institución profana. El quererla católica ¿no es acaso ir contra corriente, mantener equívocos, introducir categorías religiosas y confesionales donde únicamente debieran contar los imperativos de la ciencia? ¿No es ir contra aquella autonomía interna que el Concilio reivindica para los diferentes sectores de la actividad humana? Ahora bien, ya hoy una universidad católica es una institución superada y anacrónica, ¿cómo es posible que pueda colaborar de una manera eficaz en preparar el mundo de mañana? ¿No es una ilusión que hay que destruir de raíz?”⁸.

⁷ CONGRESO DE DELEGADOS DE UNIVERSIDADES CATÓLICAS, Roma, 20-29 noviembre 1974, *La Universidad Católica en el mundo moderno*, Salamanca, 1974, pp. 13-14.

⁸ La traducción es de FERRER PI, *op. cit.*, pp. 142-143. N. LUYTEN desarrolla ampliamente el tema en sus estudios: *Tâches d'une Université Catholique*, en *Recherche et Culture*, Friburgo 1965. *La Universidad Católica al servicio de la sociedad del mañana*, en *Concilium* 45, mayo 1969, pp. 194-211.

La discusión que había alcanzado tonalidad muy subida, desembocó al fin en una pregunta radical:

¿UNIVERSIDAD CATÓLICA, O CATÓLICOS EN LA UNIVERSIDAD ?

1) Eran dos, a mi parecer, las andanadas más vigorosas contra el edificio de la Universidad Católica:

a) La Universidad Católica pretende una meta imposible. Su naturaleza es pura utopía irrealizable.

La autonomía académica, con la consiguiente libertad científica, choca de frente con la sumisión debida a la verdad hipotéticamente revelada. La Universidad Católica no respeta la autonomía de las dos esferas, la de lo temporal y lo eterno.

Podrá disimular la tensión por algún tiempo, pero no logrará impedir el derrumbamiento fatal de un edificio que presume elevarse contra las leyes de la arquitectura. Si la Universidad Católica es católica de verdad, no está en disposición de satisfacer las exigencias académicas; si, en cambio, se profesa genuinamente universitaria, no podrá plegarse a las directrices de la autoridad eclesial de naturaleza extra-académica.

b) Pero, aun al margen de esa cuestión, de suyo decisiva, fuerza es reconocer que la pretensión de la Universidad Católica se sitúa en franco contraste con las orientaciones de la pastoral renovada en el Vaticano II. En efecto:

Al mudarse la anterior polémica en diálogo, caen las razones que legitimaban la existencia de una Universidad Católica. Había nacido

en momentos de hostilidad contra la Iglesia; la cual se vió imposibilitada de mandar a sus fieles a las Universidades del Estado. Hoy las cosas han cambiado radicalmente: el Catolicismo figura en los programas de una universidad digna de tal nombre; y los católicos no hallan discriminación ninguna por razón de su credo. Nadie, ni nada impide el acceso de los profesores a las cátedras y de los alumnos al puesto digno y normal en los pupitres. Síguese por tanto, que, así como en terreno unionista el Concilio Vaticano II renunció al ecumenismo católico, invitando a militar a los católicos en el ecumenismo, así también parecería lógico renunciar a las Universidades Católicas, residuo anacrónico de una situación definitivamente superada, y establecer un diálogo fructuoso abierto a los Católicos en la Universidad.

2) Resultó sumamente útil, entre otros pareceres selectos, oír la voz autorizada de Newman que encierra datos de indiscutible valor para matizar la temática en cuestión.

1.- Newman tenía derecho más que sobrado de intervenir en la discusión de entonces. El recuerdo de hoy no responde al simple motivo circunstancial de una fecha aniversario. Nos mueven a evocarlo razones intrínsecas al argumento planteado en nuestros días.

2.- Es un PERSONAJE de excepción, tanto en el mundo católico como en el universitario.

Efectivamente: es un SCHOLAR, un académico, un hombre que ha consumido su vida en la Universidad, como alumno aventajado primero y como profesor brillante después. Le tocó actuar, no ya en una escuela de provincia, sino en el corazón de Oxford, una de las Universidades más ilustres en la geografía académica de todos los siglos.

Newman es, por otra parte, un CONVERTIDO que vivió su catolicismo con fervor de neófito. El énfasis, que pudo resultar a veces incómodo para alguno de sus coetáneos, es para nosotros un testimonio luminoso: No es incompatible la rigurosa profesión de fe de un cristiano observante con las exigencias profesionales de un académico de raza.

3.- Su OBRA le confería autoridad más que sobrada para acometer con garantía el estudio de la Universidad Católica de la cual fue durante algunos años su fundador y primer rector.

Tomó muy a pecho semejante cometido. Así consta en las numerosas reflexiones desgranadas ocasionalmente en el ejercicio de su cargo, a propósito de la identidad y misión de la Universidad Católica.

Newman pudo, a continuación, decantar su pensamiento en una publicación hoy clásica en la materia. Se ha dicho justamente que entre las obras más destacadas de Newman, la IDEA DE UNIVERSIDAD no ha perdido nada de su valor en el tiempo, por cuanto se refiere a la INTENSIDAD de su reflexión, a la ELEGANCIA estilística y a la IMPORTANCIA de los temas tratados⁹.

El enfoque de Newman es original y profundo. Aborda el tema en perspectiva rigurosamente teórica y centra el análisis en las raíces

⁹ Así L. OBERTELLO en su introducción al volumen J. H. NEWMAN, *L'idea di Università*, Milano, 1976, pp. 7. Para O. CHADWICK, *Newman*, Oxford, 1983, pp. 52: "This book has remained the historic statement of an ideal of higher education". "Oxford was the fountain of this book" (Ib., pp. 57). Así se explica que no todos le concedan la atención que la obra se merece. Cf. G. CRISTALDI, *Attualità e validità di un'opera poco conosciuta: L'idea di università nei "discorsi" di Newman*, en *L'Osserv. Romano*, 23 junio 1988, pp. 3.

mismas del problema. Destaca, por consiguiente, la importancia que atribuye a la calificación “CATÓLICA” que no puede reducirse a un simple detalle ornamental; sin perder de vista, por otra parte, que la “UNIVERSIDAD” constituye el elemento sustantivo de la institución.

Nada más lógico, por tanto, que evocar aquí y ahora la lección de Newman.

Conviene, sin embargo, tener muy en cuenta el entorno histórico de su reflexión. Es cierto, por una parte, que Newman no conoció el progreso cultural del quehacer universitario y no pudo prever la renovación eclesiológica del Concilio. Ello no impide, por otra parte, que la relectura de su Idea de universidad pueda sernos sumamente fructuosa. Ayuda a captar matices de profundidad insospechada en la misma Constitución “*Ex Corde Ecclesiae*” y nos permite descubrir “a posteriori” la genialidad y el valor profético que entraña la lección de ese universitario y católico excepcional que fue el Cardenal Newman.

II POSTURA DE NEWMAN

Newman confiesa haberse comprometido a fondo en el tema: Sabe lo que dice, y dice lo que sabe: “No he elaborado mis opiniones «*ad casum*» para la presente ocasión”, sino que arrancan de muy adentro, “reflejan por completo mi sistema de pensamiento y son, por así decir, parte de mi persona”. Así se explica que no haya variaciones apreciables en su postura, pese a las vicisitudes notables de su vida. “Mi mente, aun cuando estuvo sometida a muchos cambios, no ha

conocido modificación ninguna ni oscilación de pensamiento en este campo”¹⁰.

Adviértase que apunta a la “naturaleza misma de la realidad” y que la enfoca a la luz de la pura razón: “No me remito supinamente a la autoridad de la Iglesia ... considero el problema a partir de los fundamentos de la razón y de la sabiduría humana”¹¹.

Me limito a proponer una escueta antología del pensamiento desarrollado en su libro “*Idea de Universidad*”. A lo largo de sus nueve discursos insiste machaconamente sobre el sustantivo UNIVERSIDAD sin relegar al olvido su dimensión CATOLICA. Concentra su atención en torno a la naturaleza de la Universidad. Redondea el estudio con una justificación previa de su existencia y lo cierra con oportunas alusiones a su valencia operativa.

Resulta, pues, que la problemática de Newman coincide en el fondo con las tres preguntas habituales en el Angélico: “*an sit*” (existencia), “*quid sit*” (naturaleza), “*quomodo sit*” (operación).

¹⁰ J. H. NEWMAN, *The Idea of a University*, 1, 2. Merece la pena recordar la primera edición anotada en inglés, con la excelente introducción de un indiscutible especialista: “*The Idea of a University defined and illustrated. I. In Nine Discourses Delivered to the Catholics of Dublin. II. In Occasional Lectures and Essays Addressed to the Members of the Catholic University by JOHN HENRY NEWMAN, Edited with introduction and notes by I. T. KER, Oxford, Clarendon Press, 1976*”. Recientemente A. BOSI en la edición: *OPERE: Apologia, Sermoni Universitari, L’Idea di Università di John Henry Newman*, Torino, 1988, ha recogido y precisado cuidadosamente el origen, naturaleza e influjo de la Idea de Newman (cf., pp. 47–51: 53–102: 108–110). “Composta –nos dice– tra il 1851 ed il 1858, forse il frutto più pieno della maturità del Newman cattolico, è opera eminentemente costruttiva” (ib., pp. 47). La citaremos, a continuación, siguiendo la norma, con la sigla: IDEA, seguida del número correspondiente al capítulo y párrafo del original.

¹¹ NEWMAN, IDEA 1. 2.

I.- EXISTENCIA

“En octubre de 1853 los Obispos irlandeses encomendaron a Newman poner en marcha la Universidad. Poco tiempo después le impusieron “*no hacer nada públicamente*”. Equivalía, en la práctica, a dejar en suspenso su actuación”¹². Sería apasionante, pero exigiría demasiado tiempo, precisar las razones del encargo confiado a Newman e individualizar los recelos que impidieron su realización. Cabe suponer que el vocablo “universidad” entrañaba resonancias muy diversas en el sentir de Newman y de los Obispos. No cejó, sin embargo, en la reflexión iniciada. Por lo demás, no hizo misterios en torno a su pensamiento que se refleja con claridad meridiana en sus célebres discursos sobre la Universidad. Ya en el Prefacio desliza los motivos que, a su juicio, respaldan la legitimidad de su existencia.

1) LA DECISIÓN DEL EPISCOPADO

a) La jerarquía irlandesa aspiraba, ante todo, a procurar el bien de la juventud católica. “Al sugerir la constitución de la universidad, la finalidad principal e inmediata del episcopado irlandés no era la ciencia, ni el arte, la habilidad profesional, la literatura, o la investigación, sino los beneficios que de la literatura y de la ciencia podían derivar en beneficio de sus hijos”¹³.

b) Aspiraban, en concreto, “no tanto a plasmarlos al compás de un modelo restringido y teórico, cual podía ser, por ejemplo, el «gen-

¹² M. TREVOR, *John H. Newman: Crónica de un amor a la verdad*, Salamanca, 1989, pp. 169.

¹³ NEWMAN, IDEA, pref.

tilhombre inglés», cuanto procurar su crecimiento a través del ejercicio de precisos hábitos morales e intelectuales”. Se trataba de “ofrecer a estos estudiantes un determinado tipo de formación”¹⁴.

c) Resultaba a todas luces inaceptable la discriminación que sufrían los católicos irlandeses. Se explica que “dadas las posibilidades enormes de instrucción al alcance del protestantismo, en las escuelas, «colleges» y universidades del Reino Unido, los superiores eclesiásticos ansíen ponerlas también al alcance de los católicos” y lograr para sus centros de educación “un nivel, cuando menos, análogo”¹⁵.

2) LAS RESISTENCIAS “IN LOCO”

a) “En materia religiosa -observa Newman- vige la autoridad eclesial más que el razonamiento”¹⁶. Ahora bien, “recientemente (la autoridad) dispuso un plan de formación exquisitamente universitaria para la juventud católica, proscribiendo cualquier compromiso o cesión. Fuerza es responder con una adhesión cordial; tanto más que la orden procede no ya sólo de los Obispos de Irlanda, cuya autoridad es grande, sino también de la suprema autoridad en la tierra, es decir, de la Sede de Pedro”¹⁷.

b) Newman desbarata objeciones opuestas de carácter político, social, histórico. Se califica de “quimérica la aspiración a una univer-

¹⁴ *Ib.*

¹⁵ *Ib.*

¹⁶ NEWMAN, IDEA, 1.4.

¹⁷ *Ib.* CH. S. DESSAIN, *Vida y pensamiento del Cardenal Newman*, Madrid 1990, pp. 144, dice que lo que buscaban los Obispos era “ofrecer una alternativa a los ‘Colegios de la Reina’ que el ministro PEEL había establecido en Irlanda”, por su carácter interconfesional.

sidad fundamentalmente católica”¹⁸; incluso en el supuesto de que pudiera realizarse, habría que rechazarla, en vista de “las consecuencias negativas en mucho superiores a la cifra de beneficios”¹⁹.

c) Newman rehusa la polémica. Reconoce paladinamente a los críticos el derecho que les asiste de oponer objeciones desde una perspectiva a ellos familiar; pero reivindica la obligación que le incumbe de llevar a puerto su cometido. No ve motivos que justifiquen el abandono de la causa. “Cuento –confiesa– con razones de esperanza... bien respaldadas por la decisión de la Santa Sede: San Pedro ha hecho oír su voz; es él quien ha dictado esa imposición aparentemente desprovista de porvenir. Puesto que él ha hablado, tiene derecho a nuestro voto de confianza”²⁰.

3) ¿EMPIRISMO ECLESIOLÓGICO?

Rayaría en injusticia acusar a Newman de empirismo. Semejante postura se contrapone radicalmente a su estructura mental.

A su juicio, la conveniencia de una universidad católica es asunto que toca decidir a los Pastores.

Su posibilidad con todo es de evidencia meridiana. Lo repite una vez y otra en su libro. “No apelo a la autoridad de la Iglesia... considero el problema a partir de los fundamentos de la razón y la sabiduría humana”²¹. Tiene conciencia de seguir así un itinerario ajeno a lo que

¹⁸ IDEA, 1. 4.

¹⁹ *Ib.*

²⁰ NEWMAN, IDEA, 1. 5. Véase a este respecto el interesante artículo de I. T. KER, Did Newman believe in the Idea of a Catholic University?, en *The Downside Review*, 93, 1975, PP. 39–42.

²¹ NEWMAN, IDEA, 1. 3.

es habitual en teología y pastoral de la Iglesia. “Prefiero ajustarme a una línea de pensamiento más familiar a los protestantes contemporáneos que a los fieles católicos”²², enfocando “el argumento como una cuestión filosófica y práctica, más bien que teológica, apelando al sentido común y no a normas eclesiásticas”²³. Fue su preocupación primera “investigar sin error e instruir sin oscuridad”²⁴.

El empirismo, pues, queda a mil millas de distancia del horizonte mental de Newman. ¿Cuáles son los resultados obtenidos a través de su estudio realizado con mente vigorosa y férrea metodología?

II.- IDENTIDAD

De los nueve discursos de Newman sobre la naturaleza y misión de la Universidad Católica, los ocho primeros concentran la atención en torno al sustantivo. “Al margen de los deberes de la Iglesia frente a la UNIVERSIDAD... tratan de describir su ser y su finalidad, su naturaleza y sus perfiles”²⁵. El último aspira a precisar el alcance de la nota que confiere a la universidad el carácter de CATÓLICA.

1) UNIVERSIDAD

“La universidad es un lugar de enseñanza del saber universal; tal es la perspectiva adoptada en estos discursos²⁶. Así comienza a hilvanar la IDEA DE UNIVERSIDAD.

²² IDEA, 9. 1.

²³ *Ib.*

²⁴ *Ib.*

²⁵ *Ib.*

²⁶ NEWMAN, IDEA, *pref.*

a) LA ENSEÑANZA representa, por consiguiente, el cometido propio de la Universidad.

“Resulta más correcto y frecuente -precisa Newman- concebir la universidad como lugar de EDUCACIÓN, más bien que de INSTRUCCIÓN, a pesar de que, en materia de conocimiento, “*instrucción*” parecería ser a primera vista el vocablo justo... Pero “*educación*” es palabra de nivel más elevado; implica un influjo sobre la mentalidad y sobre la formación del carácter; es algo individual y permanente y se habla de ella generalmente en conexión con la religión y la virtud”²⁷.

+ A propósito de la EDUCACIÓN universitaria, Newman no se cansa de observar “que su finalidad es INTELECTUAL y no MORAL”²⁸. Baste compulsar los programas universitarios en curso. Si el objetivo de la Universidad “fuera la formación religiosa, no veo -comenta Newman- cómo pueda ser la sede de la literatura y de la ciencia”²⁹. Objeto de enseñanza universitaria no es la virtud, sino el conocimiento, que Newman denomina “liberal”. “Gramaticalmente se opone a “servil”... educación liberal e investigaciones liberales son ejercicios de la mente, de la razón, de la reflexión”³⁰. “Este es el motivo por el cual se denomina “liberal” esta clase de educación. Forja un hábito filosófico. Lo señalo como fruto peculiar de la educación impartida en la universidad, a diferencia de otros lugares de instrucción u otros modos de enseñanza.

²⁷ IDEA, 5. 6.

²⁸ IDEA, *pref.*

²⁹ *Ib.*

³⁰ IDEA, 5. 4.

Este es el principal cometido de una universidad solícita del bien de los estudiantes”³¹.

¿No habrá que rastrear por esta vertiente la decepción de los Obispos irlandeses? Habían soñado con un centro superior de segura formación católica. Newman no hizo misterios. Si la Universidad es lo que debe ser, “no hay que pensar en conventos o seminarios; es, más bien, un lugar donde se preparan para el mundo, hombres del mundo”³². “La educación liberal, considerada en su esencia, es sencillamente cultivo de la mente, como tal; tiene como objeto preciso, la excelencia intelectual”³³. Comedido del instituto universitario no es otro que “la cultura intelectual... Aspira a educar el entendimiento, a razonar correctamente sobre cualquier argumento, a lanzarse en pos de la verdad y aferrarla”³⁴.

+ Newman señala una segunda característica: La ENSEÑANZA universitaria “aspira a DIFUNDIR el saber, más bien que a procurar su PROGRESO”³⁵.

³¹ IDEA, 5. 1. En el libro clásico de A. Dwight CULLER, *The Imperial Intellect. A Study of Newman's Educational Ideal*, New Haven and London, 1955, hallamos la tercera parte dedicada por entero al estudio de *The Idea of a Liberal Education*, pp. 173–270.

³² NEWMAN. IDEA, 9. 8. DESSAIN, *op. cit.*, pp. 144, observa que CULLEN, arzobispo de Armagh, futuro Arzobispo de Dublín, formado en el Colegio Irlandés de Roma, “tenía una idea de Universidad bastante distinta de la de Newman”. Lo cual explica cumplidamente las dificultades que halló Newman para llevar a término su cometido.

³³ NEWMAN, IDEA, 5. 9.

³⁴ IDEA, 6. 1. Monseñor J. HONORÉ, en su libro: *Newman. La fidelite d'une conscience*, Chambray-lès-Tours, 1986, comenta a la luz de una selección de textos significativos, el binomio “universidad/laicado” (cf. *Les laics dans l'Eglise*, pp. 29–37) subrayando la autonomía que corresponde a la Universidad puesta al servicio de la inteligencia (pp. 53–63).

³⁵ NEWMAN, IDEA, *pref.*

Abriga plena conciencia de la peculiaridad de su postura. Suelen señalarse tres direcciones posibles en la actividad universitaria: investigación, docencia y servicio. Newman prescinde de las dos extremas para ocuparse exclusivamente de la central: la ENSEÑANZA. En particular, opone un veto reiterado a la investigación, quehacer más bien de Centros especializados: “Existen, de hecho, otras instituciones mucho mejor dotadas que la Universidad, capaces de estimular la investigación filosófica y la extensión del saber. A esa categoría pertenecen, por ejemplo, las academias”³⁶. A la universidad compete la transmisión del saber; no su progreso. Así lo exige su misma naturaleza. “Si el objetivo de la Universidad fuera la investigación científica y filosófica, no veo razón ninguna que justifique en el *campus* la presencia de estudiantes”³⁷. Conviene, por otra parte, asegurar el respeto debido al profesorado en el ejercicio de su específico ministerio. “Investigación y enseñanza son funciones diversas; responden a dones diversos que difícilmente convergen en la misma persona; no es dable pensar que quien consume su jornada en distribuir el saber en beneficio de quienes lo solicitan, pueda contar con tiempo y fuerzas suficientes para embarcarse en la búsqueda de algo nuevo”³⁸.

b) EL SABER. Deberá tener carácter universal por el hecho de ser universitario. “El nombre mismo de universidad no sufre restricciones de ninguna clase”³⁹. Objetivamente “debe enseñar la totalidad de los saberes” y subjetivamente “no puede excluir a nadie por arbitrio

³⁶ *Ib.*

³⁷ *Ib.*

³⁸ *Ib.*

³⁹ IDEA, 2. 1.

de sus cuadros”⁴⁰. La universalidad del saber universitario se cifra en el hecho de ser a la vez conocimiento integral y orgánico. “Todos los sectores del saber son, al menos implícitamente, objeto propio de su enseñanza”⁴¹.

Resulta, pues, inaceptable cualquier exclusión material de sus programas, tanto más que no cabe imaginar sectores “aislados e independientes uno del otro, puesto que todos constituyen un conjunto sistemático ... en que se funden en unidad orgánica y se completan recíprocamente”⁴².

De ahí se infiere que, la enseñanza religiosa figura como materia indispensable en los programas universitarios. “La doctrina religiosa es conocimiento en sentido tan vigoroso como puede serlo la doctrina de Newton”⁴³. Dejaría de ser universitaria una docencia que no fuera universal. Fallaría, además, su articulación orgánica. “La verdad religiosa no es una parcela, sino más bien una condición del saber global. Su eliminación provoca como por ensalmo la destrucción del entero organismo de la enseñanza universal”⁴⁴.

Otro tanto cabe decir de la TEOLOGÍA. No puede faltar en el horizonte universitario. “Está de moda, como bien sabéis, instituir universidades que ignoran por sistema las cátedras de teología ... Se me antoja un absurdo intelectual, y la razón en que me apoyo es susceptible de formulación esquemática en clave silogística:

⁴⁰ IDEA, 2. 1.: “El mismo nombre de Universidad no admite restricciones de ninguna clase... Debe enseñar la totalidad de los saberes”. “Si el vocablo –como sostienen otros autores...– apunta a la Universidad de estudiantes, el resultado es idéntico; puesto que si se excluyeran algunos aspectos del saber, automáticamente quedarían excluidos de la universidad los estudiantes que desean conocerlos”.

⁴¹ IDEA 9. 1.

⁴² *Ib.*

⁴³ IDEA 2. 8.

⁴⁴ IDEA 3. 10.

* una Universidad, habida cuenta de su mismo nombre, aspira a la enseñanza universal del saber;

* la Teología, sin duda ninguna, constituye una rama del conocimiento humano;

* ¿es posible, pues, cultivar en plenitud el campo del conocimiento excluyendo de los programas de enseñanza un argumento que, por no decir otra cosa, no cede a ningún otro en amplitud y valor?"⁴⁵.

Nótese, además que no es justo colocar la Teología en los programas científicos, a la manera de un sumando. ¡No! Ejerce una función sapiencial que realiza en beneficio del conjunto orgánico de los saberes. No basta, por tanto, reivindicar el "derecho de la Teología a figurar entre las cátedras universitarias". Ha de asegurársele además la presencia dinámica que le corresponde por motivos superiores. "La Teología ejerce un influjo importante de hecho y de derecho sobre un gran número de ciencias a las que brinda complemento y corrección. Dado, pues, su carácter de ciencia objetiva al servicio de la verdad, no es posible suprimirla sin que ello se traduzca en grave perjuicio para la enseñanza de las demás ciencias". Tanto más que "cuando la Teología se elimina no queda yermo su tajo, por el hecho de que automáticamente se arrogan el cultivo otras disciplinas que usurpan su enseñanza sin garantías suficientes para formular conclusiones adecuadas en una materia que requiere principios peculiares de metodología y formación decantada en su ámbito específico"⁴⁶.

⁴⁵ IDEA, 2. 1. Unas páginas más adelante, insiste sobre el tema: "Una enseñanza universitaria que excluya la Teología deja de merecer el apelativo de "filosófica". La Teología tiene derecho a la carta de ciudadanía del mundo universitario, con título no inferior al que alega la Astronomía" (IDEA, 2. 8).

⁴⁶ IDEA 4, 14.

“Tal es –podemos repetir con Newman– la universidad en su ESENCIA, independientemente de su relación con la Iglesia”⁴⁷.

¿Qué se requiere además para merecer la calificación de CATÓLICA?

2) CATÓLICA

a) En el Prefacio de su libro, Newman anticipa brevemente las relaciones que a su juicio enlazan Iglesia y Universidad.

- La Universidad debe abrirse a la gestión providencial de la Iglesia. En teoría no presenta lagunas substanciales que le impidan llenar su contenido; “en la práctica, sin embargo, no se halla en condiciones de obtener de manera satisfactoria su finalidad arriba pergeñada. La Iglesia, en terminología teológica, es necesaria para su gestión integral. No muda su perfil esencial aceptando su incorporación; permanece su cometido inalterado propio: la educación intelectual; pero en la Iglesia halla un sostén providencial para llenar cabalmente sus compromisos”⁴⁸.

- La Iglesia, por su parte, recurre a los buenos servicios de la Universidad. Nutre pleno respeto para con los valores intrínsecos del saber, que utiliza en beneficio de sus fieles. “Cuando la Iglesia funda una Universidad no entiende cultivar el talento, el genio, el saber por sí mismos; sino por el interés que se deriva para con sus hijos; en concreto, por las ventajas espirituales, de influjo y utilidad, anejas a una

⁴⁷ IDEA *pref.*

⁴⁸ *Ib.*

educación que les asegura un perfil más completo en su vida personal y una proyección social más inteligente, más eficiente y dinámica”⁴⁹.

- El P. Hernán Larrain, “arpegiando”, como él dice, “la vieja e incomprendida tesis de Newman”, el gran “universitario”, hace notar justamente que “lo católico” no puede en una Universidad Católica reducirse a un mero adjetivo, al consabido parche de los cursos de “cultura católica”. Se requiere algo más. Lo “católico” de la Universidad Católica ha de ser su alma, su inspiración, su información. El alma no hace que la carne deje de ser carne, que los huesos dejen de ser huesos, pero es su principio animador, vivificador. Está presente en ellos, pero sin deformarlos. Por el contrario, hace que sean lo que deben ser. De la misma manera lo “católico” de una Universidad Católica... debe despertar su “ser universitario” pero animándolo e informándolo”⁵⁰.

b) Desliza la respuesta al final de su libro. Cabe resumir su pensamiento aprovechando cuanto afirma a propósito de la Teología, de primordial función en el campus universitario.

- Efectivamente, la aportación teológica resulta imprescindible para la Universidad; pero su sola presencia, por muy intensa que se la suponga, no basta para convertirla en “Universidad Católica”. “En el supuesto de que la fe católica sea la verdadera, no se concibe la existencia de una universidad fuera de la órbita del Catolicismo. Resulta a todas luces imposible proponer un conocimiento realmente universal, de espaldas a la Teología Católica. Esto está fuera de duda; pero no

⁴⁹ *Ib.*

⁵⁰ H. LARRAIN ACUÑA, *Universidades Católicas: Luces y sombras*, en FEEUC, *La Universidad: Nuestra tarea. Documentos para la VI Convención de Estudiantes*, Santiago, 1964, pp. 84.

basta. El mero hecho de crear multitud de cátedras teológicas, no autoriza a calificar de Católica una Universidad”⁵¹. El motivo es obvio: la Teología actúa en la universidad “solamente a título de un saber sectorial que, por muy importante que se lo suponga, es uno más entre la multitud de factores que integran el conjunto que he denominado Filosofía”⁵².

¿De dónde procede, pues, el carácter católico de una Universidad? “Se requiere, por tanto, una jurisdicción directa y activa de la Iglesia sobre ella, de manera que le impida convertirse en rival de la Iglesia inmiscuyéndose en cuestiones dogmáticas a ella reservadas en forma exclusiva; y reivindicando en su favor el monopolio del conocimiento, a la manera como la Iglesia avoca para sí el principio religioso”⁵³.

- Insiste en la misma línea y precisa el por qué de aquella insuficiencia y de la necesidad de la gestión eclesial. “Afirmo, por tanto, que incluso en la hipótesis de que el sistema católico en su totalidad fuera reconocido y profesado sin la presencia directa de la Iglesia, esto no bastaría para hacer de esa Universidad una Institución Católica; y no sería garantía suficiente reconocer la importancia que merece la dimensión religiosa en los estudios filosóficos”⁵⁴. Newman recurre a una distinción escolástica, respaldado por el ejemplo de la Inquisición Española: “Considerada «materialmente», ésta era exclusivamente católica; pero su espíritu y su forma eran terrenos y profanos, a pesar de la fe, el celo, la santidad y el amor que ponían los individuos com-

⁵¹ NEWMAN. IDEA 9. 1.

⁵² *Ib.*

⁵³ *Ib.*

⁵⁴ IDEA 9. 2.

prometidos sucesivamente sostenían en la administración”⁵⁵. De ahí infiere Newman dos consecuencias:

* Ante todo señala la analogía de situación: “es ilusorio suponer que la catolicidad de un centro universitario quede al abrigo de toda desviación por el hecho de que en ella se cultive a fondo la Teología Católica. Carece de garantía suficiente; a menos que la Iglesia proyecte sobre ella su influjo espiritual puro y ultraterreno; planee y modele su organización y monte la guardia sobre su enseñanza; reuna a sus alumnos y provea cuanto atiene a su actividad “.

* En segundo lugar: evoca el desenlace; abandonada a su sino “la Inquisición Española acabó por chocar con la suprema autoridad de la Iglesia Católica a causa de su naturaleza profana y de su finalidad inmediata. Por motivos idénticos, puesto que las Inquisiciones Académicas en virtud de su naturaleza tienden, en primera instancia, hacia metas sociales, nacionales, temporales; y por el hecho de ser cuerpos vivos en plena actividad y dinamismo... resulta utópico que, abandonadas a su suerte no obstante su profesión católica, logren impedir resultados de mayor o menor cuantía, contrarios a sus propios intereses”⁵⁶.

- La conclusión cae por su peso: la Revelación está amenazada “a menos que la Iglesia, en cumplimiento de su deber, no proteja el depósito sagrado puesto en cuarentena”⁵⁷. Son dos los peligros constantes: “es el primero la ignorancia sistemática de la Verdad Teológica, bajo pretexto de evitar discriminaciones de orden religioso... El segundo, más insidioso todavía, se cifra en dar por bueno el catolicismo, pero adulterando su espíritu”⁵⁸.

⁵⁵ *Ib.*

⁵⁶ *Ib.*

⁵⁷ *Ib.*

⁵⁸ *Ib.*

Newman pasa revista a la complejidad que presentan los diversos saberes que convergen en el Centro Universitario. “La Iglesia -dice- no tiene por misión propia proteger y custodiar la Ciencia; le incumbe, eso sí, la obligación estricta de sostener la Teología. Se trata de uno de los cometidos peculiares confiados a su custodia”⁵⁹. Huelga decir que es precisamente en el seno de una Universidad Católica donde semejante gestión puede llevarse a cabo en condiciones ideales.

III.- MISIÓN

“*Operari sequitur esse*”. De la naturaleza de la Universidad depende el cumplimiento de su misión.

Se habla de universidad educadora (británica), promotora de la investigación (alemana), interesada en el progreso técnico (norteamericana)... La distinción proviene de la preferencia otorgada a una u otra de esas funciones.

1) Resulta taxativa la postura de Newman:

La Universidad, por una parte, relega las tareas de investigación a otros organismos⁶⁰; por otra, “opone a la educación liberal la formación para el comercio o las profesiones”⁶¹. Resulta, en definitiva, que misión formal de la Universidad es el cultivo de la mente humana: “la verdadera cultura consiste en el proceso de transmisión del saber intelectual”⁶². Newman insiste en su perspectiva filosófica. “Hablo de un

⁵⁹ IDEA 9. 5.

⁶⁰ IDEA *pref.*

⁶¹ IDEA 5. 4.

⁶² IDEA 9. 1.

saber que es fin a sí mismo, conocimiento liberal, conocimiento propio del hombre culto y refinado... al cual se orienta la educación y hacia el cual apunta, también, como a su meta la universidad”⁶³.

No admite ninguna otra misión. “El conocimiento liberal es el único suficiente a sí mismo perfectamente valedero al margen de sus consecuencias; no necesita complementos, y no acepta ninguna subordinación finalística, ni absorción de carácter artístico, abierto convenientemente a la contemplación”⁶⁴.

Tal conocimiento no admite dispersión en direcciones diversas, por ser fin a sí mismo⁶⁵ “no aspira a purificar los corazones, ni mejorar nuestras condiciones terrenas... El conocimiento es una cosa, la virtud otra diversa”⁶⁶.

“La filosofía, por muy iluminada y profunda que se le suponga, no confiere poder ninguno sobre las pasiones, ni propone motivos eficientes o principios vivificantes. La educación liberal no hace al hombre cristiano o católico, sino gentilhombre, caballero”⁶⁷. Así se explica que compañeros de curso, “a pesar de haberse sentado en el mismo banco de la escuela y de haber recibido idénticas enseñanzas, uno de ellos fuera santo y Doctor, en tanto que el otro militara entre los enemigos acérrimos y obstinados de la fe”⁶⁸.

2.- Resulta ilusorio soñar con la meta en actitud puramente receptiva. “No se enriquece el sujeto por el simple hecho de abrir su mente

⁶³ IDEA 5. 5.

⁶⁴ IDEA 5. 4.

⁶⁵ IDEA 9. 1.

⁶⁶ IDEA 5. 9.

⁶⁷ *Ib.*

⁶⁸ IDEA 8. 10.

en forma pasiva a un conjunto de ideas nuevas. Se requiere además la actitud mental y simultánea a la solicitud del ambiente”⁶⁹.

Newman desliza una imagen plástica para expresar su pensamiento: “Sólo a través de la digestión asimila los conocimientos nuevos nuestro organismo intelectual”⁷⁰.

3.- ¿Renuncia Newman definitivamente a las ventajas anejas a los otros tipos de universidad?

Aun cuando insiste machaconamente en favor de la pureza arquitectónica de la suya, no las excluye por completo. Reconoce que “la cultura universitaria, bien autónomo.... digno de aprecio por sí mismo, presenta, por otra parte, una gran UTILIDAD, de carácter secular, en cuanto constituye la más perfecta y más elevada formación del entendimiento humano en orden a la vida social y política”⁷¹. Su contribución, incluso en ese campo, resulta proporcionada a la calidad del gentilhomme, plasmado en la universidad, con “su inteligencia cultivada, su gusto delicado, su mente cándida, equilibrada y desapasionada, con su comportamiento noble y gentil en la forma de conducirse a lo largo de su vida. Tales son las propiedades connaturales de un vasto conocimiento. Estos son los fines a que tiende la universidad que yo defiendo, que trataré de ilustrar todavía mejor y a cuyo servicio entiendo consagrarme”⁷².

Rechaza, por otro lado, la formación universitaria de tipo puramente intimista. No. Su educación es francamente secular: “la

⁶⁹ IDEA 6. 5.

⁷⁰ *Ib.*

⁷¹ IDEA 9. 1.

⁷² IDEA 5. 9.

Universidad apunta a la preparación directa del hombre para este mundo”⁷³.

Fuerza es reconocer que “no está en nuestro poder retrasar la hora de su ingreso en el mundo, a pesar del pluralismo de sus senderos, de sus principios y de sus máximas; pero sí podemos, cuando menos, prepararlos lo mejor posible para hacer frente a lo inevitable. Ni que decir tiene que no sería el método más acertado para aprender a nadar en aguas agitadas, no bañarse jamás”⁷⁴.

Conviene, pues, no preterir el interés que manifiesta Newman para con la vida secular, política y social.

Se hizo notar recientemente que, “a pesar de la concepción inglesa de Universidad, a pesar de sus logros en la formación de grandes políticos del último siglo, a pesar del esfuerzo de sus defensores en adaptarse a los embates de una era de rápidos cambios, como la presente, fuerza es reconocer -por muy doloroso que resulte- que en un mundo demasiado preocupado por la eficacia a corto plazo, aquella concepción va perdiendo algo de actualidad ... En todo caso, ahí queda el sistema británico, el que plasmó Newman, como un ideal y como un reto permanente, en unos tiempos en que el hombre corre el riesgo de deshumanizarse y olvidarse de que hay algo más que el conocimiento científico o técnico”⁷⁵.

Pero esa evaluación de la postura de Newman rebasa el objeto de este apartado.

⁷³ IDEA 9. 8.

⁷⁴ *Ib.*

⁷⁵ FERRER PI, *op. cit.*, pp. 37.

III SUGERENCIAS PARA EL DIÁLOGO

Lo avanzado de la hora me impone resumir drásticamente la tercera parte. Necesitaríamos mucho tiempo para descender al detalle crítico e individualizar los aspectos más valiosos de la aportación de Newman para nuestro diálogo de hoy. Me consuela pensar que bastan unas breves notas para sostener en principio mi doble fidelidad: al admirado Newman, por motivos académicos y ecuménicos; y a la Universidad Católica, heredera de valores académicos y eclesiológicos absolutamente desconocidos en su tiempo.

Los maestros de raza, como Newman, no aceptan el retiro ni soportan hacer silencio fuera de la cátedra de donde arranca el eco constante de sus enseñanzas. "*Magister adhuc loquitur*". para gozo de sus alumnos. Newman tiene mucho que enseñarnos, ya que, al decir de Trevor, es el suyo un magisterio "alarmantemente moderno"⁷⁶.

Amaga, con todo, el peligro de forzar su pensamiento, situando sus afirmaciones en un entorno cultural muy diverso del suyo. Sería, por otra parte, un error imperdonable prescindir de sus profundas intuiciones simplemente por el hecho de que hoy resulta anacrónica la expresión de su mensaje.

⁷⁶ TREVOR, *op. cit.*, pp. 172: "La actitud de Newman respecto a los seculares fue una de las causas principales del recelo de Cullen... Además los objetivos académicos de Newman eran alarmantemente modernos: constituyó casi de la nada una Facultad de Ciencias y una Facultad de Medicina (que fue la más floreciente de sus fundaciones). Y para colmo, daba conferencias al profesorado asegurándoles la debida libertad intelectual, tal como reconocía a los estudiantes la debida libertad moral. (Y a quién invocaba como patrona de toda esta libertad? A María, la *Sedes Sapientiae*, sede o trono de Cristo, Sabiduría de Dios".

Universidad apunta a la preparación directa del hombre para este mundo”⁷³.

Fuerza es reconocer que “no está en nuestro poder retrasar la hora de su ingreso en el mundo, a pesar del pluralismo de sus senderos, de sus principios y de sus máximas; pero sí podemos, cuando menos, prepararlos lo mejor posible para hacer frente a lo inevitable. Ni que decir tiene que no sería el método más acertado para aprender a nadar en aguas agitadas, no bañarse jamás”⁷⁴.

Conviene, pues, no preterir el interés que manifiesta Newman para con la vida secular, política y social.

Se hizo notar recientemente que, “a pesar de la concepción inglesa de Universidad, a pesar de sus logros en la formación de grandes políticos del último siglo, a pesar del esfuerzo de sus defensores en adaptarse a los embates de una era de rápidos cambios, como la presente, fuerza es reconocer -por muy doloroso que resulte- que en un mundo demasiado preocupado por la eficacia a corto plazo, aquella concepción va perdiendo algo de actualidad ... En todo caso, ahí queda el sistema británico, el que plasmó Newman, como un ideal y como un reto permanente, en unos tiempos en que el hombre corre el riesgo de deshumanizarse y olvidarse de que hay algo más que el conocimiento científico o técnico”⁷⁵.

Pero esa evaluación de la postura de Newman rebasa el objeto de este apartado.

⁷³ IDEA 9. 8.

⁷⁴ *Ib.*

⁷⁵ FERRER PI, *op. cit.*, pp. 37.

III SUGERENCIAS PARA EL DIÁLOGO

Lo avanzado de la hora me impone resumir drásticamente la tercera parte. Necesitaríamos mucho tiempo para descender al detalle crítico e individualar los aspectos más valiosos de la aportación de Newman para nuestro diálogo de hoy. Me consuela pensar que bastan unas breves notas para sostener en principio mi doble fidelidad: al admirado Newman, por motivos académicos y ecuménicos; y a la Universidad Católica, heredera de valores académicos y eclesiológicos absolutamente desconocidos en su tiempo.

Los maestros de raza, como Newman, no aceptan el retiro ni soportan hacer silencio fuera de la cátedra de donde arranca el eco constante de sus enseñanzas. “*Magister adhuc loquitur*”, para gozo de sus alumnos. Newman tiene mucho que enseñarnos, ya que, al decir de Trevor, es el suyo un magisterio “alarmantemente moderno”⁷⁶.

Amaga, con todo, el peligro de forzar su pensamiento, situando sus afirmaciones en un entorno cultural muy diverso del suyo. Sería, por otra parte, un error imperdonable prescindir de sus profundas intuiciones simplemente por el hecho de que hoy resulta anacrónica la expresión de su mensaje.

⁷⁶ TREVOR, *op. cit.*, pp. 172: “La actitud de Newman respecto a los seculares fue una de las causas principales del recelo de Cullen... Además los objetivos académicos de Newman eran alarmantemente modernos: constituyó casi de la nada una Facultad de Ciencias y una Facultad de Medicina (que fue la más floreciente de sus fundaciones). Y para colmo, daba conferencias al profesorado asegurándoles la debida libertad intelectual, tal como reconocía a los estudiantes la debida libertad moral. (Y a quién invocaba como patrona de toda esta libertad? A María, la *Sedes Sapientiae*, sede o trono de Cristo, Sabiduría de Dios”.

Se impone equilibrio en plano metodológico. Conviene proponer los temas planteados en la terminología corriente, habida cuenta de la reflexión postconciliar y los resultados de nuestras experiencias culturales. No hay que esquivar, por otra parte, la provocación que entrañan ciertas posturas de Newman leídas en su contexto histórico y vertidas con exactitud a nuestro lenguaje de hoy.

Baste aducir un par de ejemplos en torno a la razón de ser y al sentido de una Universidad Católica.

I.- PREMISA

Es notable el desnivel histórico en que se sitúan las reflexiones de Newman y las nuestras. Aunque gravitan en torno a relaciones constantes entre la Universidad y la Iglesia, las perspectivas mudan al compás del cambio cultural y el progreso eclesiológico.

1) Cabe resumir en términos sencillísimos el problema debatido en el entorno de Newman: “¿Debía la Iglesia católica matricular a sus jóvenes en Universidades protestantes o bien instituir Centros propios para procurarles adecuada formación académica?”⁷⁷.

Buen conocedor del mundo universitario de Oxford no podía Newman descartar “a priori” la hipótesis de un “College” católico a la vera de su antigua “*Alma Mater*”. Tanto más que lo consentía la antigua praxis de la Iglesia. Efectivamente “ella en los primeros siglos consintió que sus hijos frecuentaran cursos en escuelas paganas, donde completar su formación científica. Cabe imaginar que las deficiencias

⁷⁷ NEWMAN. IDEA, *pref.*, 1. 4.

no fueron allí menos voluminosas de las que aquí presenta el sistema actual de educación “mixta”⁷⁸.

Sopesadas cuidadosamente las ventajas e inconvenientes de la formación “pura” o “mixta”, es decir, “católica” o “interconfesional”, los Obispos optaron en favor de la Universidad Católica. Decisión que contaba con el respaldo de la Congregación romana de Propaganda Fide⁷⁹.

Newman acogió con entusiasmo una decisión que consentía eliminar de plano el régimen discriminatorio a la sazón vigente en campo educativo⁸⁰.

2) La articulación de Iglesia y Universidad entraña aspectos que rebasan en mucho los módulos que eran familiares a Newman.

A raíz del Concilio, la pastoral universitaria discurre por tres canales:

La Constitución Apostólica “Sapientia Christiana” regula la vida de las Universidades eclesiásticas, de cuya gestión “la Iglesia espera mucho ... ya que a ellas les confía el gravísimo cometido de formar a sus propios alumnos, no sólo para el ministerio sacerdotal, sino, sobre todo, para enseñar en los Centros eclesiásticos de estudios superiores, o para la investigación científica o para desarrollar las más arduas funciones del apostolado intelectual”⁸¹.

⁷⁸ IDEA 1. 3.

⁷⁹ IDEA *pref.*

⁸⁰ *Ib.*

⁸¹ GE 11.

La Constitución Apostólica “Ex Corde Ecclesiae” apunta más bien al mundo de las Universidades Católicas. “Por su vocación la Universitas magistrorum et scholarium se consagra a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros, animados todos por el mismo amor del saber”⁸².

Juan Pablo II se remite al Concilio a la hora de precisar su función: “La finalidad de la Universidad Católica es hacer que se logre “una presencia, por así decir, pública, continua y universal del pensamiento cristiano en todo esfuerzo tendiente a promover la cultura superior y, también, a formar a todos los estudiantes de manera que lleguen a ser hombres insignes por el saber, preparados para desempeñar funciones de responsabilidad en la sociedad y a testimoniar su fe ante el mundo”⁸³.

El Concilio Vaticano II encarece la solicitud pastoral que recae no sólo sobre las Universidades Católicas sino también sobre los católicos en la Universidad: “Los pastores de la Iglesia no sólo han de tener sumo cuidado de la vida espiritual de los alumnos que frecuentan las Universidades Católicas, sino que, solícitos de la formación espiritual de todos sus hijos, consultando oportunamente con otros Obispos, procuren que también en las Universidades no católicas existan residencias y Centros universitarios católicos en que, sacerdotes, religiosos y seglares, bien preparados y convenientemente elegidos, presten una ayuda plenamente espiritual e intelectual a la juventud universitaria”⁸⁴.

⁸² ECE I.

⁸³ ECE 9.

⁸⁴ GE 10.

Recientemente tres Dicasterios, particularmente interesados en el problema universitario, es decir: La Congregación para la Educación Católica, el Consejo Pontificio para los Laicos y el Consejo Pontificio para la Cultura, elaboraron conjuntamente un documento que delinea en forma orgánica las disposiciones del Concilio⁸⁵.

La pastoral universitaria de la Iglesia se articula en formas diversas y complementarias: “Primeramente está la tarea de apoyar a los católicos comprometidos en la vida universitaria como profesores, estudiantes, investigadores o colaboradores. La Iglesia se preocupa luego por el anuncio del Evangelio a todos los que en el interior de la Universidad no lo conocen todavía y están dispuestos a acogerlo libremente. Su acción se traduce también en diálogo y colaboración sincera con todos aquellos miembros de la comunidad universitaria que estén interesados por la promoción cultural del hombre y el desarrollo de los pueblos”⁸⁶.

3) De ahí se infiere la circunspección que reclaman las afirmaciones de Newman. No pueden introducirse en el diálogo actual al margen de sus parámetros de referencia.

Es claro que su reflexión concreta sobre la Universidad Católica no tenía por qué ocuparse de la solicitud pastoral de la Iglesia para con los estudiantes católicos en universidades acatólicas.

Téngase en cuenta, además, que la terminología de Newman engloba sin distinción Universidades Católicas y Eclesiásticas.

⁸⁵ Su título exacto es: “*Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la Cultura universitaria*”, Vaticano, 1994.

⁸⁶ *Ib.*, pp. 5.

No habiendo utilizado nuestras categorías lingüísticas no siempre resulta hacedero precisar su destinatario concreto. Se impone, con todo, individualarlo para evitar la confusión.

II.- RAZÓN DE SER

No fue posible a Newman, en el contexto histórico en que le tocó vivir, dar por descontada la existencia de la Universidad Católica con la serena tranquilidad de Juan Pablo II en la Constitución Apostólica "*Ex Corde Ecclesiae*". No pudo prescindir de una previa justificación teórica, habida cuenta de las dificultades de su medio ambiente.

1) Desde una perspectiva católica puso de manifiesto en su favor una exigencia concreta. La Iglesia había detectado la necesidad urgente de abrir un Centro universitario que liberara la formación juvenil de la discriminación insoportable en que a la sazón se hallaba sumida.

La oportunidad de un Centro Superior Católico, en fuerza del adjetivo, es cuestión reservada a la competencia de la jerarquía eclesial.

La postura de Newman sostenida con vigor contra el parecer de sus adversarios se halla hoy codificada en la Constitución Apostólica. Sus Normas Generales ponen en manos del episcopado, universal o local, la erección directa de una universidad católica, o el consentimiento con que se autoriza la acción de otras personalidades eclesiásticas y aun laicos. En todo caso, "tal universidad podrá considerarse Universidad Católica sólo con el consentimiento de la autoridad eclesiástica competente"⁸⁷.

⁸⁷ ECE: art. 3: *Erección de una Universidad Católica*. Tres párrafos regulan la materia. La cita está extraída del 3º.

2) Newman no baraja motivos de ocasión⁸⁸. Prefiere apoyar su razonamiento sobre roca en que fundar con solidez su Universidad Católica⁸⁹. No es sólo la Iglesia quien reclama los buenos servicios de la Universidad; la Universidad misma a su vez no puede prescindir de la contribución de la Teología ni del Magisterio eclesial que la modera. La razón es meridiana: Dejaría de ser universitario de verdad un Centro que impide el acceso de la religión revelada a sus programas. No le sería posible, de espaldas a la sabiduría teológica, armonizar en síntesis orgánica la totalidad de los saberes⁹⁰.

¿Coincide la postura de Newman con la propuesta por Juan Pablo II en la “*Ex Corde Ecclesiae*”? El Papa desliza en su Constitución la citación expresa de la Idea de Universidad⁹¹. Sin embargo, quedaría por comparar la génesis que le atribuye con la página inicial de la “*Ex Corde Ecclesiae*”: “nacida del corazón de la Iglesia, la Universidad Católica se inserta en el curso de la tradición que remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un Centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para bien de la humanidad”⁹².

⁸⁸ Dice justamente LARRAIN (*art. cit.*, pp. 72): “Si la razón ‘defensiva’ fuera la única que justifica las universidades católicas, deberíamos concluir que han perdido ya su razón de ser, y si se mantienen se debería exclusivamente a que son reliquias de un pasado fantástico y difícil de borrar”.

⁸⁹ NEWMAN. IDEA, 1, 2: “No he elaborado mis opiniones ‘ad casum’ para la presente ocasión”.

⁹⁰ LARRAIN, *art. cit.*, pp. 84: “El vértice que da sentido a toda pirámide de la Universidad Católica, o de cualquier universidad, ha de ser necesariamente la Facultad de Teología o una Facultad equivalente. Nuestras Universidades estatales, fatalmente “neutras” y vasallas del “pluralismo” ambiental, corren el serio peligro de ser Universidades culturalmente amputadas, pirámides sin vértices y, por lo mismo, condenadas a la disgregación. Sólo una “trascendencia” puede salvar a nuestras universidades; trascendencia religiosa o axiológica”.

⁹¹ ECE, 4.

⁹² ECE, 1.

Sospecho fundamentamente que las diferencias no se limitan al punto de arranque histórico. Las divergencias se acentúan al proponer sus perfiles y definir su misión. No suscita maravilla dada la conexión estrecha entre la esencia y la existencia.

III.- SENTIDO

A propósito de la naturaleza y misión de la Universidad Católica, dos puntos sobresalientes reclaman atención:

1) La Universidad de hoy, en franco contraste con el parecer de Newman, no sólo postula la investigación⁹³ sino que llega a reservarle el primer puesto en el trío de sus faenas esenciales: investigación, docencia, servicio⁹⁴.

La Constitución Apostólica "*Ex Corde Ecclesiae*" hace suyo el sentir común del mundo universitario en nuestros días⁹⁵.

Pese al énfasis que pone Newman en su negativa⁹⁶ deja en el fondo un resquicio abierto a la investigación. No sólo la supone como condición previa, indispensable en el horizonte universitario, sino que recurre a sus buenos servicios con citas explícitas⁹⁷. Las referen-

⁹³ "La enseñanza universitaria nos parece integrada por estas tres funciones: 1º transmisión de la cultura; 2º enseñanza de las profesiones; 3º investigación y educación de nuevos hombres de ciencia". Así J. ORTEGA Y GASSET, *Misión de la Universidad*, Madrid, 1930; en o. c., 1983, pp. 325-326.

⁹⁴ F. RICO PÉREZ, *Investigación y Universidad*, en *I Encuentro Internacional de Universidades Privadas (5-8 abril de 1983)*. Madrid, 1984, pp. 102.

⁹⁵ ECE, 14.

⁹⁶ cfr. NEWMAN. IDEA, *pref.*

⁹⁷ Así, por ejemplo, en IDEA, 51; 5, 3.

cias se hacen más frecuentes y abiertas en sus “Conferencias universitarias”⁹⁸.

No podía ser de otra suerte. Resultaría a todas luces incomprendible la declamada gravitación en torno a la verdad sin un órgano académico dedicado a su búsqueda sistemática. Más todavía: la Universidad deformaría automáticamente el ideal de docencia propuesto por Newnan suprimiendo la investigación en sus programas. La reclaman a coro docencia y docente: aquella dejaría de ser integral y éste no actuaría en plenitud. Si de veras la lección más eficaz proviene del testimonio del maestro, sigue en buena lógica que el carácter de investigador añada nuevos quilates a la función docente, por el hecho de que refuerza su enseñanza de cátedra con el ejemplo de su vida profesional.

Tal vez no sea inoportuna la provocación de Newman para avivar el diálogo. Un atento universitario hizo notar el acercamiento progresivo de la docencia a la investigación y de ésta a la otra⁹⁹.

“La dificultad estriba en la integración y estructuración de estas dos funciones dentro del mapa institucional”¹⁰⁰. No está permitido el desánimo. Entran en juego valores indispensables: “Incorporar la educación y la investigación armónicamente es una meta exclusiva a la

⁹⁸ Véase a este propósito: *CULLER*, op. cit., pp. 226 y 311, n. 37; *KER*, editor de *IDEA*, op. cit., pp. 575.

⁹⁹ “La investigación por sus mismos condicionamientos y por su evolución intrínseca, sin perder su carácter de arte, cada vez tiene más de ciencia... la educación universitaria es cada vez más una educación en creatividad, cada vez reviste menos aquel carácter fijista, estático, a que se sujetaba el exagerado dogmatismo de otros tiempos” (*FERRER PI*, op. cit., pp. 81).

¹⁰⁰ *J. M. DE VERA FERNÁNDEZ*, Estructura orgánica de la docencia e investigación en las Universidades Privadas, en *1 Encuentro Internacional...*, op. cit., pp. 79.

que nunca llegaremos. Pero no podemos, ni debemos abandonar su búsqueda”¹⁰¹.

Tengo para mí que Newman no opondría su veto. Se trata de un problema exquisitamente pedagógico cuyo eco resuena potente en el corazón mismo de la Universidad.

2) El catolicismo de la Universidad representa un punto imprescindible y crucial en el diálogo.

+ El encargo encomendado a Newman le impuso la reflexión profunda en torno a la Universidad Católica. Por grande que sea el interés del tema, los Católicos en la Universidad quedaban por completo fuera de su horizonte específico.

+ Objeto primordial de su atención es la teología, en fuerza del monopolio otorgado en la Universidad a la enseñanza.

Juan Pablo II atribuye el título de católica a una Universidad, no ya sólo por la calidad de sus programas. Exige también que la comunidad en su conjunto y cada uno de los miembros que la componen, vivan y operen en perfecta coherencia al Evangelio siempre y por doquier.

Nada más puesto en razón que la inferencia del Sumo Pontífice. “Considerada la importancia específica de la teología entre las disciplinas académicas, toda Universidad Católica deberá tener una facultad o, al menos, una cátedra de Teología”¹⁰².

¹⁰¹ E. BACIGALUPO: Sobre la Investigación en las Facultades de Derecho y las posibilidades que ofrece una Universidad privada, en *I Encuentro...*, op. cit., pp. 87.

¹⁰² ECE, 19.

+ A este propósito la aportación de Newman es tan densa como sugestiva. Aduzco un solo ejemplo: “La misión de la Iglesia no consiste en proteger y custodiar la ciencia; le incumbe, en cambio, el deber estricto de ocuparse de la Teología. Constituye uno de los cometidos primordiales confiados a su custodia. Doquiera se halle la Teología, allí debe también estar presente la Iglesia. En el supuesto de que una Universidad se halle desprovista de medios adecuados que le permitan, en fuerza de su título y misión, reconocer adecuadamente la Verdad revelada, deberá ser la Iglesia quien asuma ese cometido asegurando así el reconocimiento auténtico que se merece, ejercido con sinceridad y llevado a término con plena coherencia”¹⁰³.

+ Cabría espigar detalles que ilustran abundantemente la presencia activa de la Iglesia en las cátedras de Teología universitaria. La frecuencia y el carácter que presentan las intervenciones de la Iglesia podrían alarmar a más de un lector. Parecería que Newman no respeta las fronteras que separan a las Universidades Católicas de las Eclesiásticas.

Las desconoce, en efecto, porque no existían todavía en su tiempo. Se impone, pues, tacto exquisito para no traicionar el pensamiento de su autor, colocando fuera de sitio sus afirmaciones.

+ Conviene, con todo, tener muy presente que también las Universidades Eclesiásticas, son Católicas, por hallarse todas ellas bajo la misma solicitud eclesial. La viceversa no es cierta: las Universidades Católicas (“*desunt*” en la “*Ex Corde Ecclesia*”) están libres de ciertos vínculos jurídicos propios de las Universidades Eclesiásticas.

¹⁰³ NEWMAN, IDEA, 9, 5.

Por cuanto se refiere, sin embargo al estudio de la Teología, el régimen eclesial único, La Sapientia Christiana regula en la actualidad las Facultades Teológicas, incluso en aquéllas que actúan orgánicamente en el seno de una Universidad Católica.

La voz de Newman tiene derecho de participación a pleno título en el diálogo contemporáneo. Lejos de ser infructuosa, opino que su provocación está llamada a procurar resultados fructuosos.

CONCLUSIÓN

Estimo difícil superar el testimonio personal aportado por Newman en favor de la Universidad Católica. Se explica cumplidamente por el hecho de que catolicismo y universidad se funden en él de manera rotunda.

Sería erróneo imaginar esos dos factores como sumandos inertes. Fueron más bien sendos polos dinámicos con intercambio de fuerzas intenso y recíproco originando opciones decisivas en la historia.

En efecto: exigencias de orden sapiencial impusieron al universitario ponerse en camino. Arrancaba de Oxford para desembocar en Roma. No fue gratuita su conversión. La incomprensión amarga de los íntimos impuso un precio altísimo al gozo de poder al fin profesar en plenitud, con fuerza renovadora y aún acrecida, los mismos dogmas que recibiera de manos de su Madre en el seno de la Comunión anglicana¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Así resulta de una de las últimas cartas de Newman escritas tras su elevación al cardenalato por León XIII: *The Letters and Diaries of John Henry Newman*. Edited at the Birmingham Oratory with notes and an Introduction by Charles Stephen DESSAIN of the Same Oratory and Thomas CORNALL, SI. Oxford 1977, pp. 189. Cf. G. DAIX, *De l'évangélisme à l'Église Catholique*, en *L'homme nouveau*, del 1º abril 1990, pp. 6.

Viceversa: al servicio de su cometido católico, hubo de reivindicar con vigorosa energía las exigencias substantivas de un Centro académico aspirante al título de Católico. También en ese camino de vuelta se multiplicaron las incomprensiones y los recelos doblemente dolorosos por provenir a veces de la jerarquía. Fue en el fondo un regalo de la Providencia. Sus reflexiones procuraron un cuerpo doctrinal de subidos quilates, susceptibles de alumbrar con luz vivísima nuestras discusiones de hoy.

*

Pido perdón; pero no resisto al deseo de añadir un epílogo. Newman ha delineado con mano maestra los perfiles del ALMA MATER¹⁰⁵. No podemos olvidar, en el mes del Rosario, las páginas dedicadas con ternura filial a la SEDES SAPIENTIAE¹⁰⁶.

Un párrafo célebre del XV sermón universitario de Oxford funde en unidad –fieles y doctores– en el regazo materno de María. “Conservaba todas esas cosas, comparándolas reunidas en lo íntimo de su corazón...”¹⁰⁷. Con lo cual María pasó a ser modelo cumplido en nuestra profecía de fe, por la forma con que hemos de acogerla y luego estudiarla.

Porque María “no se contenta con la aceptación, añade la reflexión; no le basta poseerla, la utiliza; no se limita al asentimiento, aspira al desarrollo; no se da por satisfecha con la sumisión de la mente, abre un razonamiento ulterior sobre la fe. No antepone la razón a la fe,

¹⁰⁵ NEWMAN. IDEA, 6, 8.

¹⁰⁶ Me refiero al Sermón predicado en Oxford en la fiesta de la Purificación del año 1843.

¹⁰⁷ Lc. 2, 19.

como hiciera erroneamente Zacarías; al contrario, profesa, ante todo, la fe sin razonamiento ninguno, para luego, con amor respetuoso, razonar sobre lo que ha creído.

De este modo pasa a ser un símbolo para todos nosotros: no ya sólo de la fe sencilla de los fieles, sino también de la que tienen los Doctores de la Iglesia, cuyo cometido no se limita sólo a profesar el Evangelio, sino que los conduce también a investigar, ponderar, definir...¹⁰⁸.

A todos los católicos, universitarios o no, invita Newman a elevar los ojos a María, Madre nuestra y también Maestra, elevadísima Sede de la Sabiduría, que nos incita a creer como Ella. Fe oscura sedienta de luz, que impulsa a caminar como hiciera con Newman. Y lo supo hacer con maestría.

De su última lección quedan vestigios en el epitafio de la Iglesia del Oratorio en Birmingham: "*ex umbris et imaginibus in Veritatem*".

Desvela una pasión, que bien podemos hacer nuestra: superar las sombras y penetrar las figuras hasta conseguir la posesión de esa Verdad, con mayúscula, que es Cristo.

FIAT. ¡Gracias!.

¹⁰⁸ NEWMAN, Sermones Universitarios, XV, 3.

**LOS DOCENTES Y LA INVESTIGACIÓN
EN UNA UNIVERSIDAD CATÓLICA**

Paul Cardenal POUPARD
Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura

Excelentísimo Señor Rector de la Universidad San Pablo,

Excelentísimos e Ilustrísimos señores,

amigos todos en el Señor Jesús, que participáis en este trascendental seminario sobre la naturaleza y el sentido de una Universidad Católica en el contexto de la sociedad española actual.

La lúcida exposición del Eminentísimo Cardenal Javierre nos ha aclarado «*qué debe ser una Universidad Católica*», y sus reflexiones adquieren una resonancia especial ante este selecto auditorio, ante vosotros, queridos profesores de una Universidad que reconoce y proclama públicamente que *lo católico* pertenece a la entraña misma de su ser universitario. Por mi parte, he de abundar sobre la misma temática, pero centrándome en dos aspectos concretos: *la docencia y la investigación*, que son como los dos pilares básicos sobre los que se asienta toda verdadera Universidad, y, por tanto, también toda verdadera Universidad Católica.

1. La búsqueda de la verdad en la Universidad Católica

En efecto, tal y como afirma desde su misma introducción la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, –auténtica «*magna char-*

ta» de las universidades católicas¹-, la Universidad Católica, «nacida del corazón de la Iglesia»,

«... comparte con todas las demás Universidades aquel *gaudium de veritate*, tan caro a San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento. Su tarea privilegiada es la de “unificar existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que muy a menudo se tiende a oponer como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad”»².

Unificar existencialmente dos órdenes de realidades. Ésta es la finalidad peculiar de la investigación y de la docencia en una Universidad Católica. La frase en la que se afirma la importancia de esta *unificación existencial*, la había pronunciado el Papa diez años antes, en su primer viaje apostólico a Francia, en el Instituto Católico de París³. Como Rector del Instituto, yo tuve el gozo de ser testigo de excepción en aquella jornada memorable. En aquella ocasión, el Papa se preguntaba: ¿No es verdad que también el hombre de hoy, como el hombre de todos los tiempos, está en búsqueda permanente de una verdad que sea capaz de unificar su vida y darle un sentido? ¿No es verdad que las ciencias, a pesar de su impresionante desarrollo, aún tienen límites demasiado humanos? ¿Cuáles son las razones profundas que justifican la existencia misma de una Universidad?

¹ Cf. JUAN PABLO II, Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae* (15 de agosto de 1990), n° 8: Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, pp. 9.

² *Ex corde Ecclesiae*, n° 1, pp. 3.

³ JUAN PABLO II, Discurso a los profesores y alumnos del Instituto Católico de París (1 de junio de 1980): Juan Pablo II. Enseñanzas al Pueblo de Dios. 1980: enero-junio (Ib), Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano (y Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid), 1982, pp. 802-806.

Como respuesta a estos interrogantes, el Santo Padre hizo la siguiente reflexión, que se nos quedó profundamente grabada a todos los que la escuchamos de sus labios:

«No creo, pues, engañarme diciendo que los estudiantes piden al Instituto Católico de París, junto a los diversos conocimientos que aquí se les imparten, y precisamente a través de ellos, el acceso personal a otro orden de verdad, a una verdad total sobre el hombre, inseparable de la verdad sobre Dios tal como El nos la ha revelado, puesto que esa verdad no puede venir más que del Padre de las luces, del don del Espíritu Santo, del que el Señor nos aseguró que habría de llevarnos a la verdad completa».

«Por tanto, aunque vuestro Instituto se haya distinguido también dentro del mundo universitario por los trabajos de hombres eminentes en las diversas ramas del saber, no es la ciencia en cuanto tal la que justifica en principio vuestra pertenencia al Instituto *Católico*, sino la luz que él contribuye a aportar sobre vuestras razones de vivir. En este campo, todo hombre tiene necesidad de certeza. Nosotros los cristianos la encontramos en el misterio de Cristo, que es -según sus propias palabras- nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Él es quien está al inicio de nuestra búsqueda espiritual; él es el espíritu que la anima; él será también su meta. Conocimiento religioso y progreso espiritual van, pues, a la par, y de este caminar interior, propio de quien busca a Dios, San Agustín nos dejó una fórmula insuperable: "*Fecisti nos ad Te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te*" [*"Nos hiciste para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti"*)]⁴.

Citando estas palabras de San Agustín, el Papa establece una relación estrecha entre la búsqueda de la verdad que es propia de la inves-

⁴ JUAN PABLO II, Discurso en el Instituto Católico de París, n° 3, pp. 803.

tigación científica, y la búsqueda de la Verdad, con mayúscula, que es propia del conocimiento religioso y del progreso espiritual. La búsqueda desinteresada y ardiente de la verdad científica, no *es ajena a la peregrinación de la fe*. El mismo impulso secreto a hacer ciencia, podemos decir que nace de la *nostalgia de Dios* que late en el corazón humano. El hombre de ciencia quisiera siempre, en el fondo, alcanzar a través de sus variados conocimientos ese orden de verdad que puede dar sentido a su vida; y por ello, en su búsqueda científica, experimenta un alivio singular cuando gracias a la fe -aunque sea a través del velo de la fe- goza del consuelo de Dios, que le acompaña en su caminar. Es el pensamiento que FÉNELON expresaba bellamente cuando escribió:

«Lisez, mais priez en lisant
 Car étudier, c'est chercher seul la vérité
 Et prier, c'est chercher avec Dieu»

«Leed, pero rezad mientras leéis;
 porque estudiar, es buscar la verdad a solas;
 y rezar, es buscarla con Dios».

La Universidad Católica se autocomprende desde esta perspectiva: la búsqueda de la verdad, con la ayuda -y en la compañía- del Dios encarnado, Jesucristo⁶. La inspiración cristiana no supone pérdida alguna de *rigor*; es más, «le permite incluir en su búsqueda, la dimensión moral, espiritual y religiosa, y valorar las conquistas de la ciencia y de la tecnología en la perspectiva total de la persona humana»⁷. En este sentido, «por su carácter católico, la Universidad goza de una mayor capacidad para la búsqueda *desinteresada* de la verdad; búsqueda, pues, que no está subordinada ni condicionada por intereses particulares de ningún género»⁸. Lo cual es de vital importancia en el

⁵ *Correspondance*, carta 964 al Canónigo Robert.

⁶ Cf. Paul POUPARD, *Buscar la verdad en la cultura contemporánea*. Ciudad Nueva, Buenos Aires, 1995.

⁷ *Ex corde Ecclesiae* n° 7, pp. 8.

⁸ *Ibidem*.

momento actual: «Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado, que es el de *proclamar el sentido de la verdad*, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre»⁹. Ésta es la aportación peculiar de la Universidad Católica, una Universidad que «se dedica por entero a la búsqueda de todos los aspectos de la verdad en sus relaciones esenciales con la Verdad suprema, que es Dios»¹⁰. Y de este modo, contribuye eficazmente como *dadora de sentido*, a las personas humanas que en ella se educan, y, por medio de ellas, también a la sociedad. Es decir, la Universidad Católica da una aportación preciosa para que las personas puedan realizarse auténticamente en la vida y responder a su vocación más profunda; porque, como decía Nicolás BERDIAEV:

«La verdadera finalidad de la vida es el conocimiento existencial, integral de la verdad, la comunión con ella, la vida en ella. La verdad es la iluminación y la transfiguración de la existencia y del universo. El Logos iluminante actúa bajo forma individual también en cada conquista de la verdad, repartida en las verdades parciales del conocimiento científico. ¡La verdad es Dios!»¹¹.

2. La interrelación entre investigación y docencia.

Desde esta perspectiva, quisiera adentrarme ahora en la relación en que se encuentran *investigación y docencia* en toda Universidad, y, por tanto, también en la Universidad Católica. Nada mejor para ello

⁹ *Ex corde Ecclesiae* n° 7, pp. 8.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Nicolás BERDIAEV, *Vérité et Révélation*, trad. de A. Costantin, col. "Civilisation et Christianisme", Delachaux et Niestlé, Ginebra, 1954 [original 1947].

que partir de la definición de Universidad que se da en la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*:

«La Universidad Católica, *en cuanto Universidad*, es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales»¹².

Son varias las anotaciones que hay que hacer a esta preciosa definición. *En primer lugar, se define la Universidad en relación a la cultura*, entendiendo ésta en íntima relación con la dignidad humana, porque cultura es sólo aquello que eleva al hombre, mientras que lo que lo degrada, es más anticultura, que verdadera cultura.

En segundo lugar, con relación a esta cultura, se especifica una doble función de la Universidad: su tutela y desarrollo, o, lo que es lo mismo, su transmisión y su progreso. Es decir, se consideran en la vida universitaria dos momentos básicos: el momento creativo y el momento difusivo, la búsqueda de la verdad y la transmisión de lo alcanzado.

En tercer lugar, se precisa el modo en que la Universidad lleva a cabo su doble función: con rigor crítico, ese rigor que es propio de la

¹² *Ex corde Ecclesiae* n° 12, pp. 12. Se inspira esta definición en la que da un interesante documento, la *Carta Magna de las universidades europeas*, surgido a raíz del noveno centenario de la universidad más antigua de Europa, la de Bolonia, y firmado por los rectores de universidades que se dieron cita en la conmemoración. Cf. "Magna Charta des universités européennes", Principes fondamentaux, n° 1; en *CRE-action* 1988/2 [Université et culture – Universities and culture], pp. 79: "L'université, au coeur de sociétés diversement organisées du fait des conditions géographiques et du poids de l'histoire, est une institution autonome qui, de façon critique, produit et transmet la culture à travers la recherche et l'enseignement".

ciencia, y que garantiza la solidez de un edificio que se levanta más allá de las certezas elementales del sentido común.

En cuarto lugar, se especifican las *dos actividades básicas* mediante las cuales la Universidad realiza su doble función: *la investigación y la enseñanza*. A éstas se añaden toda una serie de servicios y de contactos que pueden tener lugar tanto a nivel nacional como internacional; pero permanece que son investigación y enseñanza las dos actividades primordiales, fundamentadas en los dos momentos básicos de la misma vida universitaria.

Bastan estas consideraciones elementales sobre la naturaleza de la Universidad, para comprender que en ella *docencia e investigación han de estar ligadas de modo indisoluble*¹³. Sólo así puede responder la Universidad a su modo profundo de ser.

Pero esta es una verdad que es más fácil afirmarla que llevarla a la práctica, porque vivir de acuerdo con sus exigencias requiere dosis no pequeñas de equilibrio y de generosidad, unidas a una lúcida conciencia de la identidad y de la misión de una Universidad.

Para examinar el problema, me inspiraré en el análisis de la *situación de la Universidad* que se hace en un documento importante y muy reciente sobre la «*Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cul-*

¹³ Cf. “*Magna Charta des universités européennes*”, Principes fondamentaux, n° 2, pp. 80: “Dans les universités, l’activité didactique est indissociable de l’activité de recherche afin que l’enseignement soit à même de suivre l’évolution des besoins comme les exigences de la société et des connaissances scientifiques”, e *ibidem*, en el apartado de “Moyens” (complementario de los “Principes fondamentaux”), n° 2: “Le recrutement des professeurs, ainsi que la réglementation de leur statut, doivent être commandés par le principe de l’indissociabilité de l’activité de recherche et de l’activité didactique”.

tura universitaria»¹⁴. Se trata de un documento que hemos elaborado en común entre la Congregación para la Educación Católica, el Consejo Pontificio para los Laicos y el Consejo Pontificio de la Cultura, y que firmamos, el 22 de mayo del año pasado, el Cardenal Pío Laghi, el Cardenal Pironio y yo. Su importancia para el tema que nos ocupa es doble; pues, por una parte, prolonga el tema de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, tratando de la presencia de la Iglesia en la Universidad en general, y no sólo en la Universidad Católica; y, por otra, se sintetizan en él los análisis y las sugerencias que nos llegaron como respuesta a una consulta que abarcaba a todas las Conferencias Episcopales, a los Institutos religiosos y a diversos organismos y movimientos eclesiales¹⁵.

Si empezamos por considerar uno de los polos del problema, la investigación, lo primero que salta a la vista es que investigar requiere mucho esfuerzo, mucho tiempo, y mucho dinero. La investigación es hermosa, y quien la practica tiene el gozo de sentirse especialmente «realizado» en su vida profesional. No obstante, hay que reconocer que muchas veces faltan *los medios* para que los profesores que tienen a su cargo la formación de los alumnos, puedan dedicarse, al mismo tiempo, a una seria investigación en su campo. Es más, vosotros mismos, los profesores, experimentáis con frecuencia un *conflicto de intereses*. *Como investigadores*, tenéis la tentación de pensar que la docencia os hace perder demasiado tiempo. *Como profesores*, experimentáis una alegría singular, un gozo que nace de vuestra generosidad de educadores; pero a veces os da la impresión de que esta actividad que amáis,

¹⁴ CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA – CONSEJO PONTIFICIO PARA LOS LAICOS – CONSEJO PONTIFICIO DE LA CULTURA, *Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universitaria*: Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1994. Citaremos en adelante este documento como *Presencia de la Iglesia en la Universidad*.

¹⁵ Cf. *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, “Nota preliminar: naturaleza, finalidad, destinatarios”, pp. 3–4.

exige el sacrificio de una investigación verdadera, que quedaría reservada a quienes tienen la fortuna de pertenecer a institutos especializados dedicados a menesteres más «científicos». De este modo -se oye a veces- la Universidad podría concentrarse en el esfuerzo didáctico, mientras que los centros de investigación ganarían en eficacia. ¿No es esta la única solución realista ante la *masificación* cada vez mayor de la Universidad, y ante la *progresiva diversificación de los saberes*? La realidad es compleja, y el documento «*Presencia de la Iglesia en la Universidad*» hace referencia a ella con palabras como éstas:

«La Universidad, hasta no hace mucho reservada a privilegiados, se ha ampliamente abierto a un vasto público [...]. En muchos casos la afluencia masiva de los estudiantes es de tal magnitud que las infraestructuras, los servicios y hasta los métodos mismos tradicionales de enseñanza se revelan inadecuados»¹⁶.

«**La Universidad ha perdido parte de su prestigio.** La proliferación de ellas y su especialización han creado una situación de gran disparidad [...]. La Universidad no tiene ya el monopolio de la investigación en campos en los que destacan institutos especializados y Centros de Investigación, privados o públicos»¹⁷.

«**Se advierte por doquier una gran diversificación de los saberes.** Las diferentes disciplinas han llegado a delimitar su propio campo de investigación y de afirmaciones, y a reconocer la legítima complejidad y diversidad de sus métodos. Se hace cada vez más evidente el riesgo de ver a investigadores, docentes y estudiantes encerrarse en su propio sector de conocimientos, y limitarse a una consideración fragmentaria de la realidad»¹⁸.

¹⁶ *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 7.

¹⁷ *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 8.

¹⁸ *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 10.

En este contexto complejo ¿tendría la Universidad que concentrarse en una actividad exclusivamente docente? A pesar de las ventajas aparentes, estoy seguro de que no se os oculta el peligro de la propuesta. Aparentemente, se trata sólo de afrontar problemas reales proponiendo una división racional del trabajo que asegure una mayor eficacia. Pero en el fondo, un proyecto de este tipo encierra un concepto reduccionista de la Universidad, lo cual entraña un riesgo serio. ¿Cómo admitir que la función de la Universidad pueda reducirse a la de mero transmisor de un saber científico o técnico?.

Como profesores, vosotros tenéis la experiencia de que la educación implica una relación permanente con un saber que nunca es estático. El que posee el saber, el que se esfuerza por transmitirlo, se ve como sumergido en un mar sin riberas, en un océano, en el que la búsqueda es una navegación que no puede detenerse, so pena de acabar encallado y rodeado de aguas estancadas y muertas. Vosotros sois por ello los primeros que no queréis resignaros a que se os prive de algo que es esencial en vuestra misma misión de educadores: esa actividad de búsqueda de la verdad, afanosa e ilusionada, que pone en juego las más altas capacidades del hombre, y que le lleva al gozo elevadísimo de descubrir, paso a paso, las maravillas ocultas de la creación.

3. El desafío de una Universidad más humana y más católica.

Por ello, en la íntima compenetración de docencia e investigación, lo que está en juego es el concepto de Universidad, y aun la vida misma de esta institución, una vida que responda a su ser verdadero. La Universidad, como *«institución orientada por su naturaleza misma*

hacia la búsqueda de la verdad»¹⁹, ha de ser «*un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad*»²⁰. La tensión entre investigación y docencia es inevitable, pero es inútil intentar romperla eliminando uno de los dos polos.

Quisiera contribuir con mis palabras a avivar vuestra ilusión, ayudándoos a contemplar la grandeza de vuestra tarea. Es esencial redescubrir la importancia del proyecto educativo universitario. *La Universidad es como un crisol en el que se fragua la cultura*, un hervidero de vida intelectual en el que se establece una íntima interrelación entre los distintos campos del saber, una comunidad viva cuya fecundidad intelectual, cultural y espiritual nace de la participación activa y de la colaboración generosa de todos los que la integran. En este ambiente vivo, la Universidad *forma personas*, personas maduras, personas que han de llegar a una cierta plenitud en el desarrollo de sus facultades.

Ahora bien: *una formación de este género es delicada*, y no se improvisa; *requiere*, en primer lugar, *un entorno profundamente humano*; requiere que el mismo enfoque de las disciplinas del saber refleje *los rasgos de un sano humanismo*; y requiere que se eviten con decisión ciertos peligros como la despersonalización, el aislamiento de las distintas ramas del saber en compartimentos estancos, o una frialdad poco humana en la relación entre profesor y alumno. La Universidad tiene que ser, si queréis, como un verdadero ecosistema: con su equilibrio, con su delicada interrelación entre cada una de las especies que lo integran, con toda su afinada complejidad, que no es la de un ingenio mecánico, sino la de un conjunto de vidas que se integran en una

¹⁹ *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 11.

²⁰ *Ex corde Ecclesiae*, n° 1, pp. 3.

armonía superior. Y aún hay que decir que esta imagen, siendo instructiva, se queda corta, porque la vida que late en la Universidad es la vida de seres humanos, los cuales no sólo constituyen el eslabón más perfecto de la cadena evolutiva, sino que se abren a la vida del espíritu. Precisamente, *la vida que late en la Universidad es la vida del espíritu*. En la Universidad se cultiva el espíritu de personas humanas, y ello es infinitamente más delicado que el más sublime de los ecosistemas. De ahí esa *humanidad tan grande que tiene que empapar todo el ambiente universitario*.

«En otras palabras: no se puede disociar la *instrucción* académica de la dimensión *educativa* global de la persona. “Esto supone -afirma Juan Pablo II- que los educadores sepan transmitir a los estudiantes, además de la ciencia, el conocimiento del hombre mismo; es decir, de su propia dignidad, de su historia, de sus responsabilidades morales y civiles, de su destino espiritual, de sus lazos con toda la humanidad»²¹.

«En efecto, el hombre no es un ordenador que sirva sólo para almacenar datos y para acumular informaciones, sino un ser capaz de elegir, de dialogar y de amar. El alumno necesita no sólo erudición, sino también educación; no sólo aprender, sino también comprender; no sólo nociones intelectuales, sino también valores morales; no sólo ciencia, sino también sabiduría»²².

Desde esta perspectiva, se comprende la profunda importancia que reviste la *identidad católica de una universidad*. Si la interrela-

²¹ JUAN PABLO II, *Discurso* a los representantes del mundo universitario académico y de la investigación, en Madrid (3 de noviembre de 1982): *L'Osservatore Romano*, 4-XI-1982, pp. 2.

²² Paul POUPARD, “Cristo come principio ermeneutico dell'uomo e della cultura umana”, en *Dio e la libertà. Una proposta per la cultura moderna*. Città Nuova, Roma, 1991, pp. 87-88.

ción entre investigación y docencia nos ha llevado a la consideración de la vida del espíritu que late en la Universidad, ahora damos un paso más, y concluimos que *la religión*, y en concreto la religión católica, *no debe en modo alguno ser ajena a la vida de la Universidad*.

La religión es el centro y corazón de la cultura, su elemento más significativo y valioso. Si la cultura es todo aquello que configura la vida del hombre²³, su núcleo esencial lo constituye todo aquello que hace referencia a la relación del mismo hombre con Dios. Ello explica que toda cultura esté intrínsecamente abierta a la semilla evangélica²⁴. El Evangelio penetra profundamente en el *humus* cultural hasta llegar al estrato más rico, a la tierra mejor, al núcleo de convicciones y valores religiosos y morales que constituyen lo más excelso de la cultura, y es ahí donde se asienta, donde echa raíces, donde crece; y al crecer, va enriqueciendo, purificando y transformando la tierra cultural que la ha acogido²⁵.

Ahora bien: si el Evangelio lleva a su máximo y más armonioso desarrollo todas las facultades humanas, todo aquello que constituye el ser del hombre, se comprende que no puede ser algo ajeno a la

²³ Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et spes*, n° 53; y Paul POUPARD, *Iglesia y Culturas*. Orientación para una pastoral de la inteligencia. Edicep, Valencia (y Librería Parroquial de Clavería, México, D. F.), 1988, cap. 1: "Iglesia y cultura", pp. 15-34.

²⁴ Cf. JUAN PABLO II, *Alocución*. Ad eos qui plenario coetui Pontificii Consilii pro Cultura interfuerunt coram admissos (13 de enero de 1986), n° 1: AAS 78 (1986) 655-656: "toda cultura está abierta a las aspiraciones más altas del hombre y es capaz de nuevas síntesis creadoras con el Evangelio".

²⁵ Cf. Paul POUPARD, "Un programa para el año 2000: inculturación del Evangelio, evangelización de la cultura", en *Ecclesia* 10 (México, D. F., 1995) 144: "El Evangelio está llamado a penetrar el núcleo más íntimo de cada cultura, igual que la gracia cuando transforma el corazón del hombre, elevando intrínsecamente su naturaleza sin destruirla. [...] La inculturación es ante todo un proceso salvífico".

Universidad. Igual que el Evangelio transforma las culturas con dulzura sobrenatural, también la Universidad, creadora y maestra de cultura, debe acoger esta riqueza. Sólo el Espíritu de Cristo tiene en sí la virtud de envolver a la Universidad en la crisálida que la hará más humana, más espiritual, más universitaria. La genuina identidad católica abre el camino a una creatividad cultural insospechada, a una creatividad constructiva, capaz de ofrecer soluciones de futuro a nuestra sociedad²⁶. La clave de la fecundidad está en Jesucristo, en que su espíritu impregne, cale y empape las estructuras y el espíritu de la Universidad²⁷.

4. El compromiso apostólico del docente y del investigador.

Es hermoso contemplar el ideal al que está llamada la Universidad Católica, un ideal lleno de humanidad y de espíritu. Es un ideal que no es utópico, pero que nos impele a recorrer un largo camino. Hay que ponerse en movimiento, y para ello lo primero que hace falta es un serio *compromiso apostólico*. En una Universidad Católica, la misión del docente, la misión del investigador, es, valga la redundancia, ser un docente y un investigador *católico*.

Permitidme que vuelva a citar a este respecto el documento sobre la «*Presencia de la Iglesia en la Universidad y en la cultura universi-*

²⁶ Cf. POUPARD, "Un programa para el año 2000", pp. 139: "A las puertas del tercer milenio de la era cristiana, la mirada de la Iglesia se dirige al futuro. Es propio del cristianismo el superar su tiempo, adelantarse a él, vivir en el presente como hombre del futuro. El germen de eternidad del Evangelio de Cristo transforma el corazón del hombre y le hace capaz de ofrecer al mundo un fermento de novedad, una levadura original, una semilla de progreso que, en medio de las áridas tierras de la historia, da frutos de perenne verdor".

²⁷ Cf. POUPARD, *Iglesia y Culturas*, cap. 3: "Pastoral universitaria y pastoral de la inteligencia", pp. 51-57.

taria». Es significativo que el último de sus puntos, justo antes de la conclusión, esté dedicado todo él a pedir, como sugerencia pastoral concreta, que se desarrolle «el apostolado de los laicos, especialmente de los maestros»²⁸. Esta sugerencia aparece como respuesta a un interrogante suscitado en la primera parte del documento, dedicada a caracterizar la situación de la Universidad. El análisis detallado de esta situación lo cierra la mención de uno de los problemas que más preocupa hoy a la Iglesia. Cito textualmente:

«La presencia de los católicos en la Universidad constituye de por sí un motivo de interrogación y de esperanza para la Iglesia. En numerosos países, esta presencia es en efecto a la vez imponente por el número, pero de alcance relativamente modesto; esto es debido al hecho de que demasiados profesores y estudiantes consideran su fe como un asunto estrictamente privado, o no perciben el impacto de su vida universitaria en su existencia cristiana. Algunos, incluso sacerdotes o religiosos, llegan hasta a abstenerse, en nombre de la autonomía universitaria, de testimoniar explícitamente su fe. Otros utilizan esa autonomía para propagar doctrinas contrarias a las enseñanzas de la Iglesia. [...]. Es necesario constatar que la presencia cristiana parece por lo general reducirse a grupos aislados, a iniciativas esporádicas, a testimonios ocasionales de personalidades famosas, a la acción de éste o de aquél movimiento»²⁹.

Ante esta constatación, el documento no duda en hacer «un vibrante llamado a la responsabilidad de los maestros, de los intelectuales y de los estudiantes católicos»³⁰. Tal y como afirmó el Concilio

²⁸ *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 21.

²⁹ *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 11–12.

³⁰ *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 21–23. *Ibidem* para las citas que siguen en este párrafo.

Vaticano II, «*la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al apostolado*»³¹, por lo que «el compromiso apostólico de los fieles es un signo de vitalidad y de progreso espiritual de toda la Iglesia». Tiene una importancia peculiar desarrollar la «conciencia del deber apostólico entre los universitarios», para que, «en lo más vivo de la comunidad universitaria», la fe se vuelva «fuente irradiante de una vida nueva y de una auténtica cultura cristiana».

Los profesores católicos juegan un papel fundamental en la presencia de la Iglesia en la cultura universitaria. Su calidad y generosidad pueden incluso suplir en ciertos casos las deficiencias de las estructuras. El compromiso apostólico del profesor católico, concediendo prioridad al respeto y al servicio de las personas, colegas y estudiantes, les ofrece aquel testimonio del *hombre nuevo* “*siempre dispuesto a dar respuesta a todo el que le pida razón de su esperanza*”, haciéndolo con “*dulzura y respeto*” (cf. *1 Pe 3,15-16*). La Universidad es ciertamente un sector limitado de la sociedad, pero que ejerce cualitativamente una influencia que desborda ampliamente su dimensión cuantitativa. Ahora bien, en contraste con esa preeminencia, la figura misma del intelectual católico casi parece haber desaparecido de algunos espacios universitarios; en este punto los estudiantes lamentan dolorosamente la falta de verdaderos maestros, cuya presencia asidua y disponibilidad personal hacia ellos podrían asegurar un acompañamiento de calidad.

«El testimonio del profesor católico no consiste ciertamente en introducir temáticas confesionales en las disciplinas que enseña, sino en abrir el horizonte a las inquietudes últimas y fundamentales, en la generosidad estimulante de una presencia activa ante las preguntas,

³¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto sobre el apostolado de los laicos, *Apostolicam Actuositatem*, n° 2.

a menudo no formuladas, de esos espíritus jóvenes que andan a la búsqueda de referencias y certezas, de orientación y de metas. De esto depende su vida de mañana en la sociedad. Con mayor razón, la Iglesia y la Universidad esperan de los sacerdotes profesores, encargados de la docencia en la Universidad, una competencia de alto nivel y una sincera comunión eclesial»³².

Hasta aquí el texto del documento. Es esta la aportación peculiar del profesor católico, una aportación insustituible, que exige un compromiso personal. La Iglesia pone su esperanza en vosotros, profesores católicos, porque sois vosotros la garantía de que la fe pueda arraigarse en el *humus* cultural e intelectual en que una sociedad cultiva la plenitud de sus dimensiones humanas. Sois vosotros los que con vuestra investigación y con vuestro empeño docente cotidiano, os esforzáis por encontrar, en el universo cultural y cognoscitivo en que vivimos, el puente que une el misterio del hombre y el Misterio de Dios, la vida del hombre y la vida del Espíritu que el Padre nos ha revelado en Jesús. Ello exige por vuestra parte poner en juego todas vuestras facultades y toda vuestra capacidad de reflexión y de diálogo; porque sólo así, mediante este esfuerzo, podréis ofrecer a vuestros alumnos y a vuestros coetáneos, un camino de luz que sea para ellos verdaderamente transitable, un camino que parta de su experiencia humana, y que a la vez les abra a una acogida plenamente humana de la Revelación divina.

¡Ardua tarea!, ¿verdad? Pero tarea posible, tarea que está al alcance del espíritu humano, en unión con el Espíritu divino que habita en él por la gracia. La Iglesia tiene una gran confianza en el espíritu humano, ese espíritu al que Dios le ha dado la capacidad de desentrañar los secretos de la realidad en sus diversos órdenes. De

³² *Presencia de la Iglesia en la Universidad*, pp. 21-22.

esta verdad está persuadido todo científico auténtico; como decía Albert EINSTEIN, «*sin la confianza en la armonía íntima de nuestro mundo, no sería posible la ciencia*». También la Iglesia, hoy como siempre, comparte este optimismo, esta confianza «en el valor intrínseco de la ciencia y de la investigación»³³, y da crédito sin reservas a la validez del pensamiento humano, a su prodigiosa capacidad de penetración de lo real, y a su brillante capacidad de juicio, que es como una centella recibida de Dios. Por ello, ante los fenomenales desafíos de nuestro tiempo, *la Iglesia confía más que nunca en la convergencia de razón y fe*. Confía porque sabe que entre razón y fe no hay contradicción, sino coherencia; no hay divergencia, sino convergencia.

5. Conclusión.

La Iglesia os pide hoy a vosotros, profesores de una Universidad Católica, que, como docentes, pongáis en juego vuestra inteligencia, sin miedo; y que como investigadores, ejercitéis vuestra creatividad con valentía, ofreciendo al mundo de hoy el testimonio de una riqueza profunda de corazón y de espíritu. Tendréis éxito -este es el secreto- si unificáis en vuestras vidas la enseñanza, la investigación, y la vida de fe; si hacéis converger los dos órdenes del conocimiento humano, armonizando vuestra búsqueda natural de la verdad, con vuestra peregrinación en la oscuridad luminosa de la fe; si vivís vuestra vida como un culto unitario a la verdad, en todas sus dimensiones; si os esforzáis por llegar, paso a paso, a un conocimiento comprensivo de la realidad total, que alcanzará su plenitud en la visión de Dios cara a cara. *La verdad es Dios,*

³³ *Ex corde Ecclesiae*, n° 15, pp. 14.

«y esta verdad que es Dios se encarnó en Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Hijo del Padre y de la Virgen María, que nos enseñó con su vida la verdad llevada en su interior. [Como dice San Agustín:] “Precisamente por esto María es bienaventurada, porque escuchó la palabra de Dios y la observó. En efecto, supo custodiar más la verdad en su mente que la carne en sus entrañas. Cristo es verdad. Cristo es carne; Cristo es verdad en la mente de María, Cristo es carne en las entrañas de María. Cuenta más lo que está en la mente que lo que se lleva en la carne”³⁴.

Cristo es el camino, la verdad y la vida. El Logos se hizo carne. Y la verdad ha dejado de ser un concepto abstracto que se busca, para pasar a ser una persona que se ama»³⁵.

Jesucristo, verdad del hombre, y Verdad de Dios, es el único que puede colmar las ansias infinitas de verdad y de amor que anidan en el corazón del hombre. En Jesucristo encontraréis, por añadidura, la felicidad, el *gaudium de veritate* de San Agustín que he mencionado al principio. En él superaréis la paralizante melancolía que atenaza a Occidente en este fin de siglo, y sabréis transmitir a vuestros alumnos el fervor inspirado por Dios. Con la ayuda de la Virgen, «causa de nuestra alegría», redescubrid cada día la bondad de Dios, que es para nosotros fuente de gozo inagotable. Como dice la Constitución *Gaudium et spes*, «se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar»³⁶.

³⁴ SAN AGUSTÍN, *Discurso 25, 7-8: Patrologia latina* 46, 937-938.

³⁵ POUPARD, *Buscar la verdad en la cultura contemporánea*, pp. 49-50.

³⁶ Cardenal Paul POUPARD, *Felicidad y fe cristiana*. Estudio del Consejo pontificio para el diálogo con los no creyentes. Herder, Barcelona, 1992, pp. 43.

Queridos amigos de la Universidad San Pablo-CEU, el futuro está en vuestras manos; ayudad a los estudiantes de esta Universidad Católica a *gozar con la verdad*; sabiendo que

“la unión con Dios a través del goce de la verdad representa la felicidad última, pero esta visión es el coronamiento del amor o de las “virtudes” practicadas en esta vida. La plenitud de la felicidad implica para Santo Tomás la convergencia de tres elementos: una visión, una presencia y el goce del amor sereno. Esta rica síntesis fue ofrecida maravillosamente por Dante:

Luce intellettual, piena d'amore;
amor di vero ben, pien di letizia;
letizia che trascende ogni dolzore.

Luz intelectual, llena de amor;
amor del verdadero bien, henchido de júbilo;
júbilo que supera toda dulzura.

Paradiso, XXX, 40-42»³⁷.

Muchas gracias

³⁷ Cardenal Paul POUPARD, *Felicidad y fe cristiana. Estudio del Consejo pontificio para el diálogo con los no creyentes*. Herder, Barcelona, 1992, pp. 43.

MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA
EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ACTUAL

Monseñor Fernando SEBASTIÁN AGUILAR
Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela

Profesores, señoras, señores, amigos todos.

En primer lugar tengo que mostrar sinceramente mi agradecimiento por haberme invitado a tomar parte en este simposio.

No es preciso, creo, entre nosotros dedicar tiempo ni esfuerzo a describir la naturaleza ni a justificar la existencia de lo que es o lo que debe ser una Universidad Católica, pero sí conviene destacar algunas de sus principales notas o prerrogativas que luego nos puedan orientar en esa indagación que me habéis encomendado para esta tarde: Cuál es la función o cuáles deban ser las preocupaciones principales de una Universidad Católica en el contexto de la sociedad española actual.

Juan Pablo II, en su discurso al Instituto de París decía: “La Universidad católica comparte con las demás Universidades aquel «*gaudium de veritate*», tan caro a San Agustín, esto es, el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y comunicarla en todos los campos del conocimiento. Su tarea privilegiada es la de “unificar” existencialmente en el trabajo intelectual dos órdenes de realidades que frecuentemente se consideran como si fuesen antitéticas: la búsqueda de la verdad y la certeza de conocer ya la fuente de la verdad”.

(I-VI-1980; Insegnamenti, vol.III/1 [1980] p. 1581)

¿Se puede investigar de verdad las pequeñas verdades de nuestro mundo cuando piensa uno tener una cierta posesión de la Verdad definitiva de Dios? ¿No apagará la fe religiosa la curiosidad sincera, que debe ser el acicate permanente de todo auténtico universitario? ¿Tiene algo que ver la fe religiosa con el saber secular que se cultiva en las distintas Facultades o Departamentos de la Universidad?

Para nosotros no solamente es posible cultivar estos dos campos, sino que tienen entre sí una profunda afinidad y se fecundan mutuamente. El reconocimiento de Dios Creador como fuente del ser y de la verdad de las cosas, confirma nuestra vocación hacia la verdad, fundamenta la relación entre sujeto y objeto y desarrolla el amor y la veneración por las pequeñas y costosas verdades de este mundo, que son como recuerdos, como reliquias de la gran Verdad de Dios añorada y querida.

Sin descuidar en modo alguno la adquisición de conocimientos útiles, prácticos, técnicos, la Universidad católica se distingue por su libre búsqueda de toda verdad acerca de la naturaleza del hombre, acerca de la presencia también de Dios en el Universo y en la historia del hombre.

Por una especie de humanismo universal, la Universidad católica se abre a la búsqueda de todo aquello que manifiesta el ser del hombre en sí mismo, en sus relaciones con el mundo, con los demás hombres y con el mismo Dios. Todo aquello que le permita vivir en la verdad y asumir de manera responsable su relación con las cosas, su relación con las demás personas, la responsabilidad consigo mismo en la libertad, en la comunión con el prójimo, en la búsqueda de la Verdad absoluta de Dios.

La Universidad católica, como todas las demás Universidades, participa en la noble tarea social de ampliar la verdad y aumentar las capacidades del hombre para mejorar su vida, para afirmarse en el mundo, y vivir en él con la conciencia y la dignidad propia del hijo de Dios.

Pero, además de eso, tiene que estar en condiciones de encuadrar esta búsqueda de las verdades temporales, sobre el mundo, sobre el hombre, en una visión más amplia, más profunda de la realidad, iluminada por esa Sabiduría que Dios pone en la mente y en el corazón de quienes le adoran sinceramente.

Esta es la manera propia de servir en la Universidad y desde la Universidad católica, tanto a la sociedad como a la Iglesia.

Así concebida, esta Universidad católica, en la cual se hermanan la adoración de la verdad última y el amor y la búsqueda de las verdades penúltimas de este mundo, nace espontáneamente del corazón de la Iglesia, porque nace espontáneamente del corazón del creyente, del creyente curioso y culto que quiere saber lo que cree, que quiere poder formular los contenidos de su fe y que a la vez quiere descubrir las relaciones de las cosas, de los acontecimientos, con estas dimensiones últimas de la existencia con las cuales se relaciona por la fe.

No hace falta ser tan grande como San Agustín para sentir la fuerza y la verdad de su afirmación: «*Intellige ut credas; crede ut intelligas*». Nuestra propia realidad, descubierta y vivida con humildad y honestidad, nos invita a creer. La realidad del mundo, con sus contradicciones y estímulos, nos invita a buscar el descanso de la fe en Dios.

Y la fe, vivida con verdadera humanidad, impulsa también a confirmarla y a enriquecerla en una visión integrada, armoniosa, de toda la realidad en la cual vivimos.

Así, las notas características de una Universidad Católica podríamos resumirlas de esta manera:

- La Universidad Católica trata de descubrir e inculcar el amor a la verdad, a las pequeñas verdades de nuestra vida y de nuestro mundo, como fragmentos, reliquias, réplicas, vestigios de la Gran Verdad subyacente que es el Dios adorado, la Gran Verdad que nos espera y que a través de la esperanza ilumina los pasos inciertos de nuestra vida.
- Ayuda, por tanto, a honrar religiosamente la verdad profana y secular de las ciencias, tanto de las ciencias técnicas como de las literarias, y respetarla como fundamento de la vida social, de la libertad, de la justicia, de la dignidad humana.
- La Universidad Católica tiene que transmitir la confianza en la razón. Confianza en el hombre para descubrir la verdad de las cosas, para regir su vida por los caminos del verdadero progreso en la humanidad, en la comunicación, en la solidaridad, en la realización de todas las virtualidades que Dios tiene puestas y como sembradas en el ser del hombre y de la humanidad.
- Por último, la Universidad Católica educa también para descubrir la necesidad de encuadrar estas verdades penúltimas no solamente en una contemplación teórica de la verdad definitiva, de la vocación última del hombre, sino en su máxima vocación de servicio al bien, es decir, educa para el enjuiciamiento y el uso ético

de las capacidades de acción que lleva consigo siempre el conocimiento tanto teórico como práctico.

Tratándose de una institución que se denomina ella misma católica, y no solamente sus miembros individualmente considerados, no basta que las personas concretas piensen o actúen de esta manera. Es preciso que la institución misma, la Universidad como tal Universidad, en sus iniciativas, en sus proyectos, en sus criterios operativos y en sus estilos de vida y de actuación, responda a estos ideales o exigencias de la Universidad Católica y busque institucionalmente la manera de perseguir estos objetivos de manera concreta, con proyectos precisos, dedicándoles tiempo, energías, personas y recursos.

Durante bastantes años, las mismas Universidades católicas discutieron, pienso yo que un poco estérilmente, acerca de la posibilidad de compatibilizar la confesionalidad con la indispensable autonomía de los saberes y de los métodos.

Creo que a estas horas tales discusiones un poco bizantinas estarán ya superadas. Es evidente que una institución nacida de la Iglesia, formada mayoritariamente por hombres cristianos, puede y debe incluir en sus programas y procedimientos institucionales este compromiso de descubrir con humildad y sobriedad la dimensión sagrada de las realidades del mundo, y la presencia misteriosa del Dios de la Revelación en los entresijos de nuestra existencia y del Universo.

Para eso no hay que resucitar viejos estilos medievales que resulten incompatibles con la debida independencia metodológica de los saberes o la autonomía de las instituciones.

Gracias a Dios, la Teología actual, impulsada por el propio Magisterio de la Iglesia, permite reconocer la necesaria autonomía de

los saberes temporales sin romper una conexión vital y fecundante con la iluminación de la fe. Conexión ésta fundada en la unidad del Dios Creador y Salvador, en la unidad del sujeto que cree y que sabe, y en la unidad misteriosa y profunda de la realidad definitiva de las cosas en los designios salvadores de Dios.

Y dicho esto, ya conocido, acerca de las características de una Universidad católica, tenemos que plantearnos la pregunta caliente de esta tarde, **¿QUÉ APLICACIONES CONCRETAS O QUÉ EXIGENCIAS TIENE ESTA MANERA DE SER UNIVERSIDAD EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ACTUAL?**

No es preciso ni posible detenernos ahora en un análisis de las características de la sociedad española actual. Todos sabemos lo suficiente. Nos basta referirnos a los análisis publicados, a las descripciones más o menos conocidas por todos.

Algunas de estas funciones o tareas de la Universidad Católica en nuestra sociedad serán, sin duda, comunes con las que una Universidad Católica, e incluso una Universidad que quiera serlo de verdad, tiene que hacer en cualquier sociedad occidental. Tampoco somos tan distintos, a pesar de nuestras pequeñas calamidades, como para que aquí una Universidad Católica tenga que hacer cosas absolutamente distintas de las que tiene que hacer en Francia, en Italia, en Alemania o en Bélgica.

Pero me parece que en la proyección educativa de investigación, de difusión, una Universidad Católica en la sociedad española actual tiene que ser un testigo sincero del amor y del respeto por la verdad de las cosas, de los acontecimientos, en sí mismos y por sí mismos, sin manipulación de la verdad, sin caricaturas de la verdad, sin domesticar

la verdad, sin hacer mercadería con la verdad a favor de nadie ni en contra de nadie. La verdad es buena por sí misma.

Valorando la verdad, siendo testigos del respeto absoluto a la verdad, tendríamos que impulsar también en nuestra sociedad la recuperación de la estima por el hombre que sabe, la estima del hombre que se dedica a saber y a comunicar conocimientos, como riqueza del ser, como desarrollo, como crecimiento por sí mismo.

A mí me duele mucho cuando se plantean programas universitarios al servicio del desarrollo, que se supone que consiste en la producción de coches, o de ruedas o de materiales para la construcción; los universitarios, y los universitarios cristianos, tenemos que defender un concepto de desarrollo en el cual saber es ya desarrollo. Y hacer cosas cuando no se sabe es muy poco desarrollo humano.

Tengo la impresión de que corremos el riesgo, cada vez que entramos más adentro en este mar de sorpresas que es la Unión Europea - no sé si Unión Europea o Unión Atlántica o qué clase de unión-, de que cada vez las motivaciones del saber son más descaradamente económicas. Las aspiraciones y utilidades pragmáticas del saber van dominando y configurando los perfiles de la Universidad, de la enseñanza, de la cultura, de la sociedad entera.

Cada vez más, los planes de estudio, los planteamientos, los programas, los proyectos, conceden primacía a aquellos saberes preferidos por los empresarios y las empresas, contra lo cual yo no tengo nada en contra con tal de que a la vez se mantuvieran en su lugar otros saberes que a lo mejor nuestros empresarios no estiman tanto, ni repercuten tan directamente en el ciclo productivo o en lo que ahora se llama el bienestar, pero sí repercuten en el concepto, en la

estima del hombre por sí mismo, en el comportamiento, en la calidad de las relaciones, en la capacidad de contemplar la creación, etcétera, etcétera.

Una segunda exigencia de la Universidad católica en nuestra sociedad sería avivar la conciencia social de la necesidad de vivir en la verdad. Todos tenemos un poco la impresión de que nuestra vida social actual está establecida sobre la mentira, sobre el disimulo, sobre el encubrimiento utilitarista de la verdad, como si este ocultamiento sistemático, astuto, calculado, de la verdad fuera más rentable, más útil para el progreso; generalmente para la prosperidad individualista, para el éxito en los propios proyectos, es decir, para el engaño de los demás.

Tanto el Papa como los Obispos españoles han escrito cosas hermosas sobre la necesidad de fundamentar la libertad en el orden objetivo de la verdad. Sólo en la verdad crece y es provechosa la libertad.

Hoy está muy difundida entre nosotros una idea de libertad mitificada, por eso mismo falsa, destructora, como desarraigada de lo real, que nos lleva a pensar que la libertad se justifica en sí misma y por sí misma, independientemente de lo que hagamos y queramos hacer libremente. Si una cosa es libre, ya no se dice libre, basta decir democrática; si una cosa está democráticamente hecha ya parece que es buena, justa y saludable.

La labor educativa e investigadora de la Universidad católica tiene que intentar devolver a la sociedad su vocación de verdad, su amor, su respeto; el exorcismo de la mentira, de la falsedad, de la ocultación o de la utilización de los conocimientos como instrumento de medro personal.

Con ello es preciso que nuestras universidades transmitan a los jóvenes la confianza en el hombre, confianza en la razón, en la inteligencia, en el método, en el rigor..., para conocer la realidad, para vivir en la verdad. Algo que les libere de la profunda tentación -casi como un vértigo- del relativismo, del todo es igual con tal que me conveniga, que encierra ese vértigo nihilista que se refugia en la experiencia ansiosa del presente.

Todo esto requiere que los saberes filosóficos, antropológicos, ocupen en la panoplia académica de la Universidad Católica un lugar de privilegio. En nuestras Universidades no debemos consentir o ceder a la tentación monopolística de las ciencias prácticas y técnicas, que estrechan y empobrecen más de la cuenta la cultura occidental actual y que ejercen una verdadera fascinación en nuestra sociedad.

Ya sé que es muy difícil, porque hay pocos candidatos para esta clase de estudios, hay pocos alicientes sociales y económicos. Sin embargo, el remedio a esta situación, creo yo grave, una enfermedad grave de nuestra cultura y de nuestro humanismo, tenemos que hacerlo y desplegarlo por métodos convergentes, actuando en la opinión pública, actuando en los medios de comunicación de los saberes especializados, incluso a través de la política. Las personas, la sociedad española, necesitan reconocer el valor de la sabiduría desinteresada y puramente contemplativa.

Sabiduría sobre el ser del hombre, sobre la libertad del hombre, sobre el antes y el después, sobre la dimensión profunda de las cosas, de los acontecimientos. Esa sabiduría que no sirve para nada, solamente sirve para vivir, para ser, para estar en el mundo. Una sociedad que pierde poco a poco el amor a la sabiduría desinteresada es una sociedad profundamente empobrecida, triste, degenerada.

La Ciencia sola, decía ya el mismo Nietzsche, es nihilista y puede ser exterminadora (Werke, 2ª ed. p. 343). Unas ciencias de hechos producen hombres de hechos, dijo Husserl cuando quiso resumir el sentido profundo de su obra (San Martín, J.: *La Fenomenología de Husserl como utopía de la razón*. Anthropos, Barcelona, 1987, p. 125). De esta manera se adelgaza y se empobrece cada vez más la densidad de la realidad en la cual el hombre conscientemente vive, se empobrecen cada vez más las metas de ser y de hacer que en su libertad se propone. Así el hombre se extraña de sí mismo y se incapacita para asumir ninguna empresa noble en el mundo.

En esta misma línea es también indispensable devolver la confianza y el respeto hacia los criterios éticos. Sin ética se profana el conocimiento, los mejores conocimientos se hacen destructivos, antihumanos.

Es grave el desprestigio de la ética que se acusa en nuestra sociedad, y las Universidades católicas tienen que estar en la primera línea de ese enriquecimiento permanente de la conciencia social colectiva, que tiene que ser el anclaje de todas las actividades públicas de nuestra vida.

Nuestra sociedad sufre, como un adolescente, las consecuencias del deslumbramiento por la libertad, por la riqueza, por el escaparate del consumismo, y está perdiendo, casi ha perdido ya, su patrimonio ético, la estima por una vida sobria, éticamente fundamentada y vertebrada, consciente y dueña de sí. No hemos aprendido todavía a ser libres en un mundo de la libertad y de la abundancia, mucho menos a ser éticos y morales en un mundo de puertas abiertas.

Yendo a cuestiones más concretas, la Universidad católica hoy, en España, tiene que ser capaz de recuperar la estima y el respeto por

nuestra propia historia cultural. Estimo que en España nos han inoculado una especie de dañina vergüenza de nosotros mismos, de nuestra propia historia, algo que paraliza los recursos más profundos del alma social de nuestra gente. No se atreven a ser ellos mismos, a reaccionar en función de su propia conciencia colectiva. No podemos permitir que se pierda todo ese gran cúmulo de cultura cristiana, hecha de moderación, de sabiduría, de cultivo moral, tanto en la vida personal como ascética, como en las relaciones laborales. Por supuesto que todo ese patrimonio necesita ser modernizado, revisado, readaptado; esa es la labor de una Universidad, que sepa a la vez cultivar la memoria y la esperanza, la tradición y la creatividad.

Esta labor de ser a la vez guardianes y continuadores de nuestro patrimonio cultural, en España concretamente, necesita una labor más profunda y quizá más difícil que en otros lugares de occidente donde está ya más hecha que aquí, me refiero a la necesidad de recuperar el prestigio intelectual de la religión y de las actividades religiosas. Repito, porque me parece que es uno de los empobrecimientos más graves que nuestra cultura tiene, necesitamos recuperar el prestigio intelectual de la afirmación religiosa del hombre y desinflar ese falso prestigio intelectual del agnosticismo o del no creer, que está establecido en nuestra sociedad.

Esto supone que las Universidades católicas tienen que estar presentes en esa sorda batalla que se da entre la cultura del ateísmo y de la fe, que se da en el terreno de la antropología, en aquello que antiguamente llamábamos los «*preambula fidei*» y que hoy no llamamos de ninguna manera porque nadie se preocupa de ellos:

- La conciencia de la contingencia, de la creaturalidad, de la condición de creatura del mundo, del universo.

- La recuperación por vía intelectual de la idea de creación, del principio y del fin del mundo.
- La recuperación también por vía intelectual, y yo diría paradójicamente hasta laica, no prematuramente confesional, de la afirmación de Dios como clave para la comprensión de lo real, como clave para la comprensión de la libertad, no como un Dios de los eclesiásticos sino como un Dios de los hombres y de todo lo que existe.
- Fundamentación religiosa de la moral.
- Fundamentación intelectual de la moral, de los principales contenidos de la moral cristiana.

Todo ello está profundamente implicado en nuestra tradición, por eso digo que es imposible recuperar universitariamente la estima por nuestra cultura sin recuperar también intelectualmente la estima y el respeto por la dimensión o la comprensión religiosa y moral de la vida.

El panorama actual de nuestra sociedad, escandalizada y desalentada por esta lapidación que cae sobre nosotros de los casos de corrupción, que han deformado el ejercicio o por lo menos la imagen del poder político y más profundamente de la conciencia de convivencia, hacen que una Universidad católica no pueda desentenderse tampoco de este compromiso serio para la reeducación moral de la convivencia y de la vida pública en nuestras jóvenes generaciones, difundiendo una estima de la vida política y un estilo de vida política que a su vez sea estimable.

Incluso me atrevería a decir que la Universidad católica en el panorama actual de la sociedad española debe sentirse comprometida

a presentar, como un oasis, el testimonio de una comunidad de docentes y de alumnos que conviven y se ayudan sinceramente, sin codicias, sin distancias ni encumbramientos, sin manipulaciones ni utilizaciones ni reivindicaciones de ninguna clase, conviviendo gozosamente en el cultivo del saber y de la propia humanidad.

Todo lo dicho se reduce a la capacidad de educar en el contexto actual a nuestros jóvenes en un humanismo auténtico. La juventud española padece la opresión y la desilusión de una sociedad profundamente desmoralizada, cuya vaciedad ellos perciben más que nosotros. Una sociedad seducida por la prosperidad material, olvidada de sí misma, apóstata de sí misma diría yo, disgregada por el egoísmo y el relativismo intelectual y moral, roída por el nihilismo ¿Cómo educar a estos jóvenes en las convicciones, en las actitudes, en los valores dinámicos de un verdadero humanismo cristiano?

En esta sociedad, aquí y ahora, la Universidad católica tiene que empeñarse a fondo en el esfuerzo colectivo, demostrar a estos jóvenes otra manera real, sincera, de entender y vivir la vida, desde el optimismo y la confianza, con amor y respeto a la realidad envolvente en la que estamos, con religiosidad y gratitud, con estima de sí, con confianza en el propio trabajo, con una fuerte conciencia de la responsabilidad social, con ilusión por la creatividad, con una visión responsable que no espera que le vengan las cosas resueltas de las generaciones anteriores, sino que confía en sí misma para abrir su propio camino apoyándose en el saber y en el hacer, pensando más en los demás que en uno mismo, sin ocultar ni omitir la indispensable confianza en el Dios que preside nuestra vida.

Es evidente que la labor educadora de la Universidad Católica encontrará todas las dificultades que para la realización humana presenta una cultura con muchas equivocaciones, con muchas improvisa-

ciones. El individualismo, el positivismo, el relativismo, favorecen la cultura de la disgregación y del desánimo.

Por eso no se pueden conseguir en el momento actual unos objetivos educativos serios sin transmitir a la vez una dimensión religiosa de sí mismo, de la vida, de la propia actividad y de la propia responsabilidad. No creo que sin una inspiración religiosa explícita y eficiente pueda hoy llevarse a cabo, en términos amplios, una educación adecuada de la juventud.

Por último, creo que es también misión de la Universidad católica, aunque no sea una Universidad eclesiástica, favorecer la reflexión teológica, y esto no de cualquier manera, sino como una retaguardia indispensable, un abastecimiento indispensable del propio pensamiento y de la propia acción educativa.

Como hay una Teología Monástica y hay una Teología Pastoral y hay lo que podríamos llamar sin ningún acento peyorativo una Teología eclesiástica, las Universidades católicas tienen que abrir camino a lo que podríamos llamar una Teología, no sé si llamarla secular, pero sí una Teología en estrecha relación con la cultura más mudable y más variable de la sociedad secular, que se vive y se cultiva en las aulas y en los pasillos de las Universidades.

Indispensable, me parece, que existan Cátedras o Departamentos donde se investigue y se escriba con esa sensibilidad propia que da el estar metido en el mundo vivo de la frágil cultura del cada día. Esta labor teológica me parece indispensable en una Universidad católica que realmente quiera serlo en profundidad. La Teología es esencialmente, aunque no exclusivamente, esa relación incésante entre la memoria de la revelación y la interpelación de las pequeñas encrucijadas de cada día en las que vivimos los hombres.

En esta España nuestra, tan escolástica por un lado y tan libertaria por otro, nos ha faltado siempre, quizá con la excepción del Siglo de Oro, una tradición teológica suficientemente secular y viva en donde la experiencia de la fe, el contenido de la fe, sin dejar de ser ortodoxo y eclesial, se exprese en los términos ordinarios de la cultura común.

Hoy este trabajo, esta reflexión, es especialmente urgente. Hace falta que hombres religiosos y por tanto profundamente inmersos en el ser y en la vida de la Iglesia, hombres religiosos y cultos a la vez, es decir, teólogos, piensen y expresen los misterios de siempre en el lenguaje, en las categorías de hoy con la sensibilidad de hoy, teniendo en cuenta los conflictos, los problemas, las expectativas, los absurdos de la cultura de hoy, tanto en el orden teórico de la contemplación, de la adoración, como en el orden práctico de la vida moral. Hombres religiosos y cultos que sepan desarrollar con sentido realista la moral cristiana de cara a las mil complicaciones del mundo de la economía, de la política, del trabajo, de las técnicas, de la ecología, etcétera, etcétera.

De esta manera, la Universidad católica cumple una doble misión. En primer lugar, actualizar y ampliar la formulación del contenido permanente del cristianismo, conservar la vigencia de conceptos tan indispensables para el catolicismo como el concepto de creación, de salvación, de gracia y pecado, de inmortalidad, de santidad, de redención, etc. etc., que están casi desapareciendo de nuestro lenguaje.

Y por otra parte, a la vez que se actualiza y se amplía la expresión significativa del mensaje cristiano, enriquecer también el lenguaje secular con expresiones religiosas que mantengan vigente su sentido como pequeños e intensos oasis de trascendencia en el contexto cada vez más secular de nuestro lenguaje moderno. La idea de providencia,

el valor del descanso del domingo, el sentido de la fiesta, el valor religioso del amor, de la fidelidad, de tantos momentos intensos de la vida humana cargados de religiosidad, que han tenido su expresión en el lenguaje clásico de los españoles y que están secularizándose y, por tanto, empobreciéndose aceleradamente.

De esta manera la Universidad católica puede y debe ser un instrumento poderoso para la actualización del mensaje cristiano y para la cristianización de la cultura y de la vida de nuestro pueblo, no tanto por el camino de la predicación y de la sacramentalidad, que no es el suyo, cuanto por la vía silenciosa y profunda del acercamiento, de la iluminación, de la impregnación mutua entre experiencia cristiana y vida secular.

Esta labor de investigación y de divulgación teológica tiene que respaldar la labor educativa de la Universidad. Entiendo que sin esta labor profunda, que tiene que hacerse en los momentos de la investigación, del seminario, de los escritos, la Universidad no estaría capacitada para una labor educativa actualizada. Reconozco que estas tareas encuentran en el ambiente actual grandes dificultades de todos los órdenes. Los profesores, los dirigentes, la institución entera necesitáis un verdadero aliento profético, y correréis también los riesgos de los profetas.

Una Universidad entendida así tiene que ser profética en su protesta permanente, y tan resuelta como pacífica contra el estrechamiento y el empequeñecimiento de los ideales en boga, y tiene que ser también profética en el esfuerzo de abrir esperanzas, esa esperanza con la que se construye día a día el futuro, más colgados de las promesas que apoyados en la tierra.

He aquí, queridos amigos, lo que de una manera casi espontánea se me ha ocurrido para responder a esta inquietante cuestión para la

que me habéis convocado hoy, QUÉ TIENE QUE HACER UNA UNIVERSIDAD CATÓLICA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA ACTUAL. Muchas cosas. Grande y bella tarea, como véis.

A vosotros os invito a completar mis ideas, y sobre todo os invito a la tarea apasionante de hacerlas “pan nuestro de cada día” en esta Universidad vuestra a la que desco los mejores éxitos.